

# **Crónica de un Viaje Desesperado**

**Por**

**e-Maró**

***Free*editorial** 

## **Introducción**

Lo que van a leer es una historia real, contada a este autor por la persona que lo vivió para que fuera escrita y nunca olvidada. Para que los gobernantes comprendan el alcance de sus palabras y sus hechos, y los pueblos aprendan y reclamen el lugar que les toca por derecho.

Ésta es la crónica de un viaje de más de 6.000 kilómetros en busca de un sueño. Una lucha por la libertad con la muerte pisándote los talones.

Es la aventura de Juan y Patricia. Una pareja de jóvenes cubanos luchando por huir y sobrevivir. Pero también la de todos los que han emigrado en busca de otra vida y de la oportunidad que se les negó en el lugar que los vio nacer.

Esta obra es de ellos, de ustedes, de todos nosotros.

## **Crónica de un Viaje Desesperado**

### **En la Habana**

Juan salió para Ecuador el 21 de julio del 2010, solo, nervioso y apenado, con unos pocos dólares que había logrado sacarle a la tienda donde laboraba en Cuc. En Cuba era tiempo de vacaciones escolares y nadie trabajaba. No se notaba la ausencia de un ciudadano menos. La única persona que lo despidió con el corazón estrujado fui yo. Me quedé con el alma encogida en la entrada al aeropuerto Internacional José Martí mientras observaba el aparato de Avianca despegar.

Una de las situaciones que provocó la decisión de que Juan se fuese a explorar otros mundos fue el anuncio del gobierno de que iba a desemplear a millón y medio de personas de sus instituciones y empresas. Esto era la tercera parte de la fuerza laboral en esta isla. Lo peor de todo resultaba que el Secretario General de nuestra Central de Trabajadores de Cuba, organizada, financiada y patrocinada por nuestro gobierno, se había dado a la tarea de arengar a las masas de trabajadores a que acatasen de buen talante los despidos masivos. De más está decir que en Cuba no existía derecho a la huelga desde cuando se instauró la Constitución de 1976. Había que callarse la boca, apretar el culo y darle a los pedales.

A mi mamá y a mí nos enviaron para la casa hasta nuevo aviso. Nada de reubicaciones posibles, ni propuestas de subsidios, ni protección financiera por

algunos meses. Nos pagaron el salario que habíamos ganado en el mes junto a las liquidaciones acumuladas de vacaciones, y nos echaron a la calle a ver cómo resolvíamos. Por supuesto que tampoco resolvimos nada, pues el empleador universal en esta nación hasta hoy había sido el gobierno y ahora intentaba desembarazarse de todo el lastre que había generado en cincuenta años de burocracia y pésimas leyes económicas socialistas. En otras naciones este anuncio de cesantías descomunales habría generado grandes huelgas, desorden y enfrentamiento en las calles con las fuerzas represivas, pero en Cuba nadie chistó, aunque el mundo entero se horrorizó y habló por nosotros. Ya con el proceso de despidos en marcha, el ejecutivo ordenó a los medios informativos nacionales olvidar el tema y no se habló más de esto.

Juan llamó la primera vez. Fui yo quien contestó el teléfono por ser la más cercana al aparato. Qué alegría me produjo el escucharlo. Hacía una semana que no sabíamos nada de él. Nos dijo que se había conseguido un trabajito fregando platos en un restaurante y le pagaban unos dólares con los que había comenzado a buscar un alquilercito barato, lo más sencillo que pudiera para continuar ahorrando y llevarme a mí para allá. Yo le dije que ya había solicitado mi pasaporte y esperaba que me lo entregasen sin muchas preguntas en las oficinas de emigración. Él estaba loco por verme. Me imaginaba, si se fue casi sin acabar nuestra luna de miel. A mí también me sucedía algo parecido, pero ahora él tenía que buscarse lo que necesitaba para su sustento y reunir un poco más de setecientos dólares para mi pasaje de ida y de vuelta. Tenía que ser así, un pasaje redondo, si no, no te dejaban bajar en Ecuador o abordar aquí.

La juventud de la isla se puso cada vez más grosera. Los muchachos del Pre y hasta los de la Universidad, pasaban y te miraban con descaro, como si te estuvieran viendo desnuda, y algunos se expresaban muy rudamente. Los jóvenes se unían en parejas sin que mediase mucho acuerdo previo y se disfrutaban mutuamente hasta llegar a tener sexo sin que existiese ningún tipo de relación previa o posterior. Los homosexuales también ocupaban cada vez más espacio y se manifestaban con mayor desafío públicamente, peleando por un lugar en una sociedad que nunca los había aceptado. Se les veía sin recato alguno conversando en grupos heterogéneos en sus lugares de reunión sin que nadie los molestase. La propia hija del gobernante Raulito los protegía con el famoso Cenesex, aunque éste tenía sus lagunas, pues aceptaba de todo menos a los homosexuales disidentes. Ya casi nadie hablaba de casarse a la antigua con velo y corbata ante notario, y mucho menos ante el cura.

Nadie quería hijos. Incluso Juan y yo decidimos que no era momento de pensar en ellos cuando nuestro futuro era tan incierto. Primero tendríamos que lograr salir ambos del país y asentarnos en un lugar definitivo, entonces veríamos. Tener un muchacho en Cuba era un gran problema, como le sucedía

a mi hermana. Menos mal que su marido Tony la estaba ayudando con el poco dinerito que podía enviarle su familia desde Perú. No había casi alimentos apropiados que darle ni se conseguía el ajuar necesario para esas edades tempranas. Por eso Cuba tenía el indicador de más baja natalidad del planeta en esos momentos. La primera expectativa de vida de la juventud era escapar, huir hacia cualquier parte de cualquier forma que apareciese en el momento más cercano.

Un día fui hasta la Virgen del Camino para ver si podía conseguir algunos alimentos diferentes y cambiar un poco la dieta de arroz con frijoles de todos los días. Allí hacía años que existía una especie de mercado industrial informal que me encontré vacío. La oferta de viandas, hortalizas y legumbres era muy pobre; las dos tiendas en moneda convertible Cuc estaban casi peladas. ¡Qué miseria! En los últimos tiempos se notaba un cierto desabastecimiento en los mercados liberados o en divisas. De cuando en cuando se perdía algo como los jabones. Cuando estos reaparecían en los anaqueles, se perdía el detergente, el desodorante, o los huevos liberados, y así, siempre faltaba algo y la lista aumentaba. Ya había ausencias crónicas como la carne de res, los mariscos y pescados de agua salada. Y eso que éramos una isla.

Al volver a casa vi a mi hermana sentada en el portal meciendo a Tonito quien me miró entre sueños y de inmediato se despabiló al reconocer a su tía. Mi mamá cocinaba. En ese momento sonó el teléfono. Me adelanté y lo tomé. Era Juan.

“Hola, mi amorcito. Tú ni te imaginas los deseos que tenía de escucharte”, me dijo.

“Hola mi amor. Cómo estás. A mí me sucede lo mismo.” Me sonrojé pensando que no solo tenía deseos de verlo. Eso era lo de menos. “Por aquí todos estamos bien. La vieja cocinando y mi hermana durmiendo a tu sobrino para poder hacer las cosas.”

“Estoy llamando porque ha surgido un nuevo problema.” Enarqué las cejas, gesto que no pasó inadvertido para la vieja en la cocina ni para mi hermana en el portal, quienes ya sabían quién llamaba y trataban de adivinar las noticias por los gestos y las expresiones, así como por lo poco que escuchaban. “Imagínate que ahora a Correa se le ha ocurrido exigir que los cubanos que viajen a Ecuador tienen que mostrar en el aeropuerto a la entrada una carta de invitación de algún ecuatoriano residente, si no la tienen los devuelven en el próximo avión sin muchas preguntas.”

Asentí con la cabeza como si Juan me pudiese ver. “Yo sabía que siempre las cosas se complican. Ya llevas ocho meses allí. Esta nueva medida seguramente la pidió el gobierno de aquí al de allá para detener la tubería gruesa de cubanos escapando a Sudamérica. ¡Qué clase de hijodeputas!”

“Así mismo es. Imagínate que ahora un ciudadano ecuatoriano puede invitar oficialmente a un solo cubano una vez al año para que visite esta nación. Y lo más jodido es que esta carta hay que oficializarla en el Consulado Cubano en Quito y cuesta más de cuatrocientos dólares la transacción.”

“¿Y tú los tienes?”

“Sí. No te preocupes. He ido haciendo mis ahorritos. Este país es una maravilla. Ya estoy ganando unos diez dólares diarios y con eso me he podido alquilar un apartamentico en una azotea. Un pent-house, como le dicen los yumas, y hasta tengo un televisor. Poco a poco me las he ido arreglando.”

Conocía a Juan y sabía que siempre exageraba. De todas formas, me agradaba la idea de un pent-house en las alturas en una gran ciudad. Para nosotros dos solos estaría bien para comenzar. “¿Cuándo me envías la carta y el dinero para el pasaje?”

“Bueno mi amor, eso tendrá que esperar unos días pues los indios éstos están pidiendo por estas cartas mil doscientos dólares. Los muy cabrones se ven bien que son capitalistas y no perdonan, pero yo los consigo, no te preocupes. Con unos dos mil quinientos creo que resolvemos. Por suerte Correa no ha eliminado, como lo hicieron los de allá, el uso de dólares como moneda principal. Eso facilita las gestiones. En cuanto los tenga te llamo y te aviso que van en camino.”

“¡Ay sí mi amor! ¡Estoy loca por estar allí contigo! ¡Tú ni te imaginas!”

La vieja sonrió en la cocina escuchando y entendiendo mis expresiones. Yo apenas era una recién casada cuando mi marido se me había escapado de entre las manos, más bien de entre las piernas.

\*\*

A los cuatro meses llegó la Carta de Invitación Certificada a casa. Las cuatro mujeres de la casa estábamos sentadas en el portal calladas y observando a los transeúntes y a los escasos autos pasar. Las cuatro estábamos sin empleo pero íbamos haciendo nuestros quilitos pintando uñas de las manos y los pies, quitando los callos y el churre de las extremidades inferiores a las mujeres, entre otras muchas tareas ingratas pero que aportaban algo y ayudaban a mi cuñado Tony a sostener la casa. Una camioneta blanca con el logotipo de la agencia Trasval se estacionó justo frente al portal. Saltó al suelo un señor de uniforme con un sobre mediano de papel amarillo timbrado en una mano.

“¿La Señora Patricia González?” inquirió.

“Soy yo.” respondí poniéndome de pie con un saltito. El uniformado me entregó el sobre cuadrado y me extendió una tablilla para que firmase la

entrega indicándome dónde. Yo lo hice sonriente mientras las demás observaban calladas. Rasgué el borde del sobre con cuidado, era duro de romper. Cuando miré dentro vi de inicio el logotipo de la embajada de Cuba en Ecuador. “Es la carta de invitación.” dije contenta confirmándoselo a las demás. Dentro, al fondo del sobre, venía una especie de librito largo y estirado. Era un pasaje para la Línea Aérea Avianca en solo quince días y una cartita de Juan acompañando los documentos, para ahorrarse la llamada o para que fuera una sorpresa. Me senté para leerla en voz alta:

“Niña, como debes estar viendo te envío certificada la Carta de Invitación y el pasaje de venida. Este último lo he sacado desde aquí porque me resulta mucho más barato. La primera tendrás que ir a la embajada ecuatoriana en Miramar y legalizarla para que sea efectiva y no tengas dificultades cuando llegues aquí. Por supuesto que yo te estaré esperando en el aeropuerto en la parte de afuera. Te pongo aquí mi dirección y mi teléfono porque los policías de inmigración te van a estar haciendo algunas preguntas en cuanto aterrices y esto es uno de los detalles más importantes junto a lo demás. No te olvides, aparte del pasaporte, del carné de identidad cubano que nos puede hacer falta al final”.

Continué leyendo para mí la parte que seguía, ya más personal, y en la medida que me alegró la cercanía de mi partida definitiva de esta nación, me entristeció. Era un sentimiento mezclado que me hacía preguntarme por qué tenía que dejar yo todo esto que me rodeaba, en especial a mi mamá, mi hermana y mi abuela, para irme a residir en otra nación que no era la mía. ¿Qué oscuras fuerzas me estaban forzando a emigrar, a abandonar todo lo que quería y apreciaba, mi zona de confort, para ir a agenciarme un futuro a una tierra totalmente extraña y muy probablemente hostil?

Levanté la vista y observé en la pequeña distancia las lomas que limitaban y separaban el reparto ya tan familiar de la zona donde originalmente vivíamos en el Diezmero. Eran fincas llenas de árboles y verdor, de aves y vacas y chivos, cerdos. Me agradaba todo ese entorno acogedor que siempre había sido mío y donde crecí. Ya no sabía si la idea de irme era lo bastante buena. Me pesaba dejar todo eso y volver de pasada, nunca iba a ser igual.

Por supuesto que en mi cabeza no quedaban dudas de que fuese a abordar el avión. Allá estaba mi marido que se había ido en una casi operación suicida para ayudarnos y ahora no iba a dejarlo solo en esa aventura por simples reparos sentimentales. Tan solo tenía que concentrarme en las abundantes cosas malas que me rodeaban y no en las bonitas. Me daba sentimiento dejar a todas estas mujeres en la casa, ahora observándome para ver qué iba a decir.

“Vamos a preparar la maleta. Mañana iré a la embajada”, dije poniéndome de pie sin dar lugar a dudas ni a discusiones inútiles que solo lo entorpecerían

todo.

## **El Viaje y Llegada a Ecuador**

### **Estancia**

Yo nunca había salido de Cuba y esta situación me ponía muy nerviosa. En la casa todos se habían puesto en función mía y el día anterior hasta me habían hecho una comidita de lo mejor que se pudo conseguir. Todos estábamos contentos y excitados, y aunque nadie decía que estaba triste por mi partida debía ser así, pues yo también lo sentía sin decirlo.

El boleto era para las dos de la tarde y debía estar en la terminal aérea con tres horas de antelación. Un vecino que sí había ido mucho en los últimos meses a Ecuador a comprar ropa para revender aquí, nos había contado que era mejor estar de primero en la cola para el chequeo de los pasajes, porque los últimos muy probablemente se quedaban para otro vuelo. Los chicos de cubana vendían y sobrevendían los vuelos como política de la empresa para no dejar asientos vacíos y no perder dinero, pero con eso maltrataban a los clientes. No quería estar sentada medio día en una de las incómodas y escasas banquetas del aeropuerto, comiéndome las uñas mientras el otro se moría de preocupación allá cuando viese que no llegaba en el vuelo apropiado. Nadie sabía qué podría pensar, o bien que me habían dejado en tierra aquí, o que me habían detenido allá las autoridades porque se habían oído algo raro.

Mi hermana alquiló un carro viejo que por quince Cuc nos llevó al aeropuerto. Cuando partimos pasé por el reparto San Francisco de Paula donde vivía mi padre. Casi no lo había visto en estos últimos días y me dio un poco de pena dejarlo. Él tampoco se había opuesto al viaje, aunque no le había agradado mucho la idea por lo peligrosa, pero sabía que no tenía mucho que decir. Me lo imaginé dándole clases a los chiquillos de la secundaria, sudoroso y al sol con su mono deportivo azul, su sonrisa y su bondad de siempre. Y supe que lo vería muy poco y que en cada ocasión estaría más viejito.

En el aeropuerto mi hermana y mi mamá se quedaron afuera. Así lo exigían las nuevas regulaciones policiales para impedir las aglomeraciones en el interior, tanto en las salidas como en las llegadas. Me acerqué al mostrador donde ya estaban chequeando e hice una corta cola que avanzaba rápido, Por suerte no era una línea aérea cubana. Un empleado me acomodó el ligero equipaje sobre la pesa y, después de colocarle una tira de papel identificadora, lo tiró sobre la estera que desaparecía a un salón detrás. Casi no llevaba nada, ¿para qué?

El boleto estaba bien y me anotaron un número de asiento en ventanilla. Quería ver a mi isla por última vez. ¿Sería la última? Por lo menos así me sentía.

La empleada me indicó dónde tenía que pagar los veinticinco Cuc del impuesto de salida. Lo hice y miré una última vez hacia los cristales de las puertas de acceso al salón. Allí estaban ellas, mi hermana y mi mamá, y les regalé un último adiós con la mano, un beso lanzado y una sonrisa grande. Ya sin volverme ingresé en una de las cabinas de emigración. El agente observó mi pasaporte y mi cara varias veces, me preguntó mi nombre y finalmente me dejó pasar al salón de la última espera. Afuera se veía la enorme nave de AVIANCA a la cual comenzaron a instalarle el túnel plegable para el acceso de los pasajeros. También el intenso sol cubano y el verdor del campo más allá de la pista de aterrizaje. “Adiós país. Algún día volveré”, pensé como despedida mientras escuchaba por los altoparlantes la llamada a abordar la nave por la puerta.

El vuelo fue largo, sin incidentes y casi todo sobre el mar. Cada vez que miraba por la ventanilla veía el océano allí abajo y algunas islas que pasaban como si fueran puntos. Los enormes carriers cargados hasta los topes de contenedores parecían hormiguitas diminutas que viajaban muy lento por la inmensa llanura lisa. El horizonte era muy azul y parecía ponerse denso tan solo a unos metros del aparato. Escuchaba los motores con su zumbido afortunadamente monótono y sentía la tenue vibración de toda la nave. Al final, dormí durante una parte del viaje. Me sobresalté un poco cuando el capitán anunció que íbamos a aterrizar en Quito. Miré afuera y vi que ya nos acercábamos a la enorme urbe. No muy alejado de las afueras de la ciudad comenzaban los Andes y debido a eso la terminal aérea había tenido que ser construida en la periferia de los repartos residenciales. Sobrevolamos despacio sobre ella. Parecía como si fuésemos a caer rodando por alguna de las avenidas que veíamos muy cerca, donde los automóviles en movimiento compacto no dejaban espacio. Pero el estrechonazo se sintió sobre el lugar correcto y pronto nos estábamos acercando al edificio principal donde íbamos a desembarcar. Por fin estaba en Ecuador.

Cuando salí del aparato a la sala de arribantes lo primero que me llamó la atención fue el frío. Era un frío diferente al cubano, pues era seco y calaba la ropa, y yo no había llevado abrigo, acostumbrada al calor eterno de la isla. Inmigración se contentó con estudiar mi pasaporte sin visados y leer cuidadosamente mi Carta de Invitación. Me lo devolvieron todo sin palabras y me dejaron pasar. En la Aduana no tuvieron mucho que revisar pues había traído justo lo imprescindible de uso personal. Apenas dedicaron una mirada a mi pequeña y muy usada maleta, y me dejaron pasar sin revisiones desagradables.



En la sala de arribos externa todo era confusión: Solo busqué las puertas de salida, esperando encontrarme con Juan en el camino, o de lo contrario tendría que sentarme en algún lugar en espera de que apareciese pues era la primera vez que salía de Cuba y no conocía nada de ese país, y tampoco tenía casi dinero para moverme. Muchas personas me rodeaban en sus caminos hacia todos lados. Es un poco turbador no conocer hacia dónde debes ir.

Justo cuando estaba a punto de comenzar a ponerme histérica, apareció de entre la muchedumbre el rostro conocido y sonriente de Juan, quien al parecer me había localizado mucho antes de que yo lo detectara a él. Se acercó con los brazos abiertos repitiendo mi nombre. *Ay qué bueno es volver a verte ahora*, pensé. Tomó mi maleta con rueditas y me haló por la mano hacia la salida. No tomamos un taxi. Juan no paró de hablar mientras caminábamos por una acera alejándonos de la terminal y me tocó las nalgas un par de veces. Debía estar más loco que yo con los deseos personales inacabados. Continuaba haciendo frío afuera aunque era un día soleado. Nos detuvimos en una parada de ómnibus.

“¿Vamos a coger la guagua?”, le pregunté a Juan con la boca abierta subrayando el asombro.

“China, aquí no es como en Cuba. No hace falta tener ni carro.”.

El ómnibus nuevito llegó bastante rápido y vacío. Me llamó la atención que Juan pagara con dólares. Nos sentamos juntos y él me fue describiendo un recorrido por la ciudad. En apenas un año se sentía cómodo allí. Yo había leído semanas atrás en la Habana algunos artículos sobre Ecuador y me había gustado lo que vi. Era una nación de la cual no se hablaba mucho en Cuba por el bienestar evidente de su población aun cuando su moneda era el dólar estadounidense y ellos capitalistas latinos. Correa estaba construyendo cinco nuevas universidades especializadas y eso era bueno.

Cuando ya me estaba cansando de dar vueltas por la ciudad, Juan me hizo bajar y nos acercamos a un edificio de unas siete plantas, algo viejo ya. Era una zona de la ciudad que no parecía ser de las mejores, pero tampoco era La Habana Vieja. Yo ya estaba acostumbrada a la miseria urbana, así que continué sin remilgos. Tomamos el ascensor hasta el último piso y Juan me llevó directo ante una puerta de un diminuto penthouse. La abrió y cuál no sería mi decepción cuando me percaté de que aquello que parecía un departamentito solo era, o había sido, un cuarto para lavar con un bañito anexo. Por mobiliario tenía una cama doble, un televisor empotrado en la pared, un pequeño refrigerador y un fogoncito eléctrico en una esquina. Nada más. Ah y una vista asombrosa de la selva cercana al borde la urbanización.

Juan debió notar algo en mi expresión y mi parálisis bajo el dintel de la puerta cuando me dijo moneando un poco para congraciarse: “Hey baby. Con

diez dólares diarios de salario no se consigue mucho más.” Y comenzó a quitarse la camisa. Estuvimos haciendo el amor todo el día y comiendo algunas boberías extrañas que Juan había acumulado durante días en espera a que yo llegara. Conversamos de todo y me explicó con calma lo que yo debía conocer. Al menos ya estábamos juntos. Lo demás ahora sería echar pa adelante y aprovechar las inmensas oportunidades que imaginábamos se nos abrirían en esta nación acogedora.

Al otro día Juan me presentó a la encargada del edificio. Una señora muy agradable pero fuerte a su manera, y que al cabo de unos días me ofreció la posibilidad de conseguir un empleo en la peluquería propiedad de una de sus amigas. Por supuesto que comenzaría por lo más desagradable, pero así tenía que ser si quería hacerme camino. Yo acepté de inmediato. Eso de manicuri es lo que estábamos haciendo en Cuba mi hermana y yo para conseguir algún dinero, así que por qué no intentarlo. Al día siguiente fui con ella hasta la peluquería. Había que coger dos guaguas pues estaba localizada en un buen barrio de la ciudad. *Los pobres no se están arreglando tanto y no disponen de dinero más que para comer*, me dijo la vieja. Yo me iba maravillando con la modernidad que veía y los edificios pintaditos, las aceras completas sin roturas o huecos, las calles asfaltadas y sin baches. En nada se parecía aquello a lo que estaba acostumbrada en La Habana. Se respiraban aires de libertad y por todos lados se hablaba de la Revolución Ciudadana que impulsaba Correa.

Nos bajamos del colectivo en una avenida amplia y cruzamos la calle hasta una instalación espaciosa más o menos del tamaño de una casa grande, dividida en varios departamentos especializados. Todo parecía nuevecito y lujoso. Había aire acondicionado suave. Las clientas sentadas conversaban entre sí o con las empleadas, y éstas confeccionaban peinados, lavaban la cabeza, aplicaban cremas y masajes a otras, etc. A mí me llevó la señora hasta el fondo donde había una puerta cerrada. Tocó y abrió la puerta otra señora de unos cincuenta años de edad, muy elegante con el pelo todo rojo fosforescente.

“Mi amiga, ¿qué haces por aquí?”, preguntó alegrándose la que reconocí como dueña, pues era la única que no estaba haciendo nada.

“Vine a hacerme un peladito y de paso te traje a esta chica que necesita empleo. Es una recién llegada de Cuba, la esposa de mi vecino, y tú sabes, ¿no?”

“Sí. Ya. No tiene papeles, pero está loca por conocer el capitalismo.”, contestó observándome de arriba abajo. “Está bien. Tú sabes que me hace falta personal. Pero chica, tendrás que comenzar por el final. Te ves muy refinadita para esta tarea que te voy a dar, pero eso me conviene. Te voy a pagar veinticinco dólares al día por arreglar los pies de las señoras. ¿Te conviene?”

Debí de haber abierto mucho los ojos con la cifra pues esa cantidad en

Cuba me servía para sobrevivir un mes. Ambas amigas rieron al verme toda embarazada y colorada.

“Ven. Comenzarás ahora mismo.” me dijo y me haló por una mano sin saber que yo estaba muy asustada y toda torpe. Me llevó hasta una división en la parte trasera donde sobre unos sillones como los de dentista descansaban un par de mujeres a quienes les limpiaban las extremidades con vapor y unas maquinitas como de afeitar.

“Antonia. Entrena a esta muchacha que es quien te va a sustituir.”

La aludida me miró con cara de pocos amigos. Tiró a un lado un trapo que utilizaba y me dijo sin más “¡Siéntate ahí!” Y desenrollándose el delantal, me lo tiró y salió como bola poltrona del establecimiento sin mirar hacia atrás, pero mascullando entre dientes algo como “Estos cubanos de mierda vienen en manadas a quitarnos los puestos de trabajo porque se les paga menos. Como son ilegales, ni servicios de salud o protección les dan. Al carajo.”

Me percaté de que todos esperaban por mi reacción. Recogí el delantal, me lo coloqué como pude y me senté donde estaba la otra, a hacer exactamente lo mismo sin chistar. La dueña asintió con la cabeza y se devolvió a su oficina. “Trabajamos de martes a domingo de ocho de la mañana a seis de la tarde. No faltes.” dijo ya de salida.

Esa tarde tuve que llamar a Juan al celular pues no sabía cómo retornar sola, pero estaba contenta. Tenía trabajo. Cuando le conté lo que me pagaban ya de inicio Juan casi brincaba de contento. Ya ganábamos entre los dos casi cincuenta dólares diarios. Podíamos comenzar a ahorrar. Y pensar que en Cuba yo trabajaba en un departamento de contabilidad de una empresa grande y mira lo que estaba haciendo ahora, limpiándoles las patas a las señoronas ecuatorianas. La diferencia estaba en que, con lo que me pagaban ahora, podía ir resolviendo mis problemas y hasta enviarle algún dinerito a mi mamá de cuando en cuando. Dicen que la salud es carísima, pero yo era joven y esperaba no tener problemas en largo tiempo. De todas formas, si me sentía enferma iría a ver a alguno de los médicos cubanos que estaban allí de misión y daban hasta las medicinas gratis que nos quitaban a nosotros allá.

Estaba un poco deprimida pues veía tantas cosas lindas en las tiendas, los autos eran tan nuevos y modernos. No había ni siquiera un almendrón como en La Habana, y el transporte público, aunque un poco caro, no tenía nada que ver con el cubano. Era tan bueno que no necesitabas carro. También se apreciaba una incultura tremenda, en especial en los indígenas que bajaban de sus montañas a las ciudades a vender sus productos autóctonos a los paseantes. En Cuba hay muchos groseros, pero se nota la cultura de la gente, aunque se empeñen en esconderla.

Poco después salimos del cuartito y alquilamos un apartamentico en un área más céntrica de la ciudad. Ahora teníamos más confort y podíamos comprar mejor comida. Juan ganaba más en una gasolinera y a mí me habían propuesto pasar al departamento de uñas de las manos, lo cual era una promoción. A las ecuatorianas les agradaba mi conversación y los cuentos que me pasaba recordando de Cuba. Creo que también les atraía que una casi universitaria les estuviese limpiando los pies. Las uñas son más chic y hay que tener más cuidado. También había más tecnología para arreglarlas de la que yo estaba acostumbrada en la isla. Se hacían maravillas.

Uno se va acomodando rápido a la existencia en sociedades donde los servicios básicos están garantizados. Una anda por las calles y tan solo tiene que pensar en alguna necesidad para encontrar toda una buena variedad de lugares donde uno pueda saciar sus más raros anhelos. Era muy diferente a vivir en La Habana, donde no había casi nada: ni ofertas, ni dinero, ni transporte... No se podía salir a la calle, ni había esperanzas de que aquello mejorase. Cuando uno tenía elementos para comparar, se percataba de lo mal que estábamos, de toda la mierda en la que nos habían sumergido en los últimos cincuenta años hasta hacer que aceptásemos aquel desastre como natural y apropiado. Y eso que quienes así pensábamos no éramos ni siquiera de la clase media en Ecuador, no éramos ni siquiera clase, éramos ilegales. Aunque aquí la policía no era como en la isla que te estaban pidiendo identificación cuando a ellos les parecía bueno sin que ninguna ley te amparase realmente contra las autoridades abusivas. En Cuba solo tenías derecho a la asistencia de un abogado pasados ocho días de haber sido detenido. También tenían vigente la Ley de Estado Peligroso inconstitucional donde se decía que todo el mundo era culpable hasta cuando se demostrase lo contrario. A través de esa ley la policía podía encarcelar a un ciudadano cubano hasta cuatro años sin mediación de un proceso público o juicio.

Hacía rato que Juan había estado pensando en comprar un carrito, aunque fuse barato, y por fin nos regalamos un Chevrolet viejísimo con diez años de uso y más de cien mil kilómetros en el marcador. Juan sabía arreglarlo y había piezas. Nos hicimos a la idea de que estábamos en Cuba cuando nos movíamos por la ciudad y bastaba. Nadie nos criticaba realmente. Cada quien hacía lo que podía y el gobierno no se metía mucho en los negocios, que eran casi todos privados. En Cuba el gobierno se metía en todo, pero no resolvía nada.

Me alegró poder contarle cosas buenas a mi madre y que pensase que estábamos agarrando al capitalismo por los cuernos, pero aquí la existencia era feroz. Había que trabajar durísimo para sobrevivir. Me percataba con frecuencia de cómo los ecuatorianos, en especial los quiteños, identificaban nuestro acento y nos llamaban cubanos con algo de desprecio. En realidad,

muchos no estaban contentos pues ya se veía una cantidad apreciable de isleños deambulando por las avenidas en busca de empleo, y en muchas ocasiones los dueños de pequeños negocios sabían que eran ilegales y los contrataban despidiendo a algún local a quien tenían que pagarle más según las nuevas exigencias sociales de Correa. Se veían además decenas de pacotilleros que venían de Cuba en busca de mercancías baratas para retornar allá y venderlas a los meseros y los merolicos. También se compraba mucha ropa en los pulgueros, que eran enormes mercados informales donde asistía mucho indígena a vender. Los más mal vestidos y maleducados eran siempre los orientales nuestros, pues aún aquí descubría sus cantaitos, y parecían recogedores de basura que habían traído acá de misión para limpiar la ciudad, aunque no hacía falta. El servicio era bueno. Los cubanos incluso se metían en los piquetes rompehuelgas que llevaban a trabajar a los lugares que estaban en conflicto con sus patronos o en huelga, al pagarles tan poco en relación con los locales. Nos habíamos generado un no muy buen nombre ante los ecuatorianos por nuestra miseria que nos hacía actuar muy mal. Era como si existieran dos razas en Cuba: unos muy buenos que venían a curar enfermos gratis y a ayudar enviados por el gobierno de allá, y otros muy malos quienes por su cuenta y riesgo se metían en todo y en todas partes a joder.

Una mala mañana Correa salió por la televisión hablando de los problemas que habían generado los cubanos que se quedaban a residir ilegales en Ecuador, aprovechando la buena voluntad del gobierno cuando no les exigía visa para ingresar al país. Eso no iba a cambiar, pero de ahora en adelante cada cubano ilegal que se descubriese en Ecuador iba a ser deportado de vuelta a su país. Ya se había hablado con las autoridades de allá y los iban a procesar como represalia. Solo querían a los que llegasen en regla y de acuerdo a los convenios bilaterales. Este anuncio un poco temperamental del presidente provocó una estampida. Todo el que estaba ilegal comenzó a intentar legalizarse, pero las autoridades no tranzaron. Incluso había muchos que habían hablado por la televisión en algunos programas de derecha y se calificaban a sí mismos como emigrantes políticos cuando jamás habían visto de cerca a un disidente o una Dama de Blanco allá en Cuba. Por supuesto que no los iban a aceptar ni les iban a otorgar asilo político ni de ninguna clase. Este era un gobierno amigo del de Cuba, no los Estados Unidos donde sí podía pasar y había leyes que nos amparaban y ayudaban. Lo de Correa era el MAS: Movimiento al Socialismo. Más Socialismo, así que había que largarse.

A pesar del ambiente de libertad que reinaba en esta sociedad, nosotros nos sentíamos un poco atrapados por la carencia de documentos legales. Era algo que estaba ahí y no nos dejaba dormir relajados. Un domingo en que no trabajábamos, decidimos pasear por la ciudad y nos fuimos al centro en el viejo Chevrolet. Juan podía utilizar la licencia de conducción cubana pues tenía uso internacional en algunas partes.

“Juan. Tenemos que salir de Ecuador.”, le dije sin observarle al rostro, como casi de casualidad y sin mucha importancia.

“Aquí no estamos tan mal. La policía va a pasar mucho trabajo para que detecten a todos los ilegales en esta gran ciudad. No nos deportarán.”

“Juan. Eso es lo último que nos podría pasar. Que nos deportaran a Cuba. Te imaginas llegar allá de nuevo con una mano adelante y otra atrás. Cabizbajos, atemorizados y marcados por la Seguridad.”

Juan asintió con la cabeza sin dejar de mirar adelante al tránsito leve de la ciudad.

“Yo también he pensado en lo mismo. En la gasolinera hay un tipo que me ha contado que conoce a un señor que se encarga de sacarte del país hasta los Estados Unidos, pero es solo para cubanos. Hay que pagar cinco mil dólares por cada uno.”

“Eso puede ser peligroso. Tantas historias que hemos escuchado de estafas y asesinatos por menos que eso. ¿Estás seguro Juan?”

“No hay nada seguro Patricia. Pero prefiero estar muerto que retornar a Cuba con el rabo entre las patas. Tenemos que intentar. Yo voy a preguntar a mi conocido los detalles y que me coordine un encuentro con la persona que pueda explicarnos cómo se hace. Cuando hablemos con ellos comprobaremos el nivel de seriedad y experiencia que estas gentes puedan tener”.

## **Encuentro con los Mafiosos**

### **Planificación e Inicio del Viaje**

Otro domingo por la mañana Juan conducía el Chevrolet por las avenidas de Quito intentando evitar a toda costa una violación del tránsito para que la policía no nos detuviese y nos descubriese por nuestro acento cubano. Hasta tener un auto se nos estaba haciendo peligroso. Nos pedirían el pasaporte, verían nuestra fecha de ingreso de uno o dos años atrás y sabrían de inmediato que éramos residentes ilegales. Yo prefería haber ido en ómnibus, pero a Juan no le agradó la idea por si teníamos que escapar de alguna encerrona a todo motor. No fue el caso. Llegamos sin problemas a un edificio caro de departamentos en pleno centro.

En la puerta nos identificamos con los custodios de seguridad. Había cámaras de vigilancia por todas partes. Subimos bien arriba hasta una azotea con un penthouse elegante. Allí nos esperaba un señor de cuello y corbata que parecía un diplomático y una muchacha ecuatoriana. Nos hicieron pasar a la

sala muy bien decorada y nos ofrecieron café que aceptamos de inmediato. Estábamos muy nerviosos aunque tratamos de que no se nos notase. El hombre tenía cultura y buenos modales, se presentó como Fernando. La muchacha parecía tener mucho mundo, hablaba poco pero lo observaba todo.

“Miren, yo soy quien puede sacarlos con seguridad hasta dejarlos en los mismos Estados Unidos, o más bien llevarlos a que consigan una salida de Ecuador sin problemas para que puedan atravesar México y llegar donde están sus familiares, pero primero de todo necesito saber si ustedes cuentan con cinco mil dólares cada uno, los cuales habrá que pagar en efectivo al inicio del viaje, o no hemos hablado nada.” Dijo él. Juan y yo ya habíamos discutido esto en detalle. Yo no diría nada.

“Sí, Podemos reunir ese dinero en un tiempo relativamente corto si es necesario, pero debemos asegurarnos de que todo va a salir como ustedes prometen, que no nos van a estafar o algo peor.”

El señor sonrió ante las seguras palabras de Juan. “No se preocupen. Yo les voy a informar en detalle y les prepararemos adecuadamente para que no presenten problemas. Esta es una organización seria y nuestra garantía es nuestra seguridad. Les podemos dar teléfonos de otras personas que han realizado el mismo periplo y ahora están en Miami. Ustedes se los pueden pasar a sus familiares allá y verificar nuestras condiciones y términos. ¿Están de acuerdo? Por supuesto está que todo lo que se hable aquí es altamente confidencial.”

Juan y yo nos miramos y asentimos al unísono. Nos interesaba la oferta. Hasta ese momento no había nada de lo mafioso a lo que estábamos habituados por los filmes: hombres groseros, mal vestidos y rudos, con armas largas y cortas por todas partes, exponiendo términos y condiciones amenazadoramente. Ese lugar era como un hogar y quienes nos habían recibido no podían ser más amables. Nos brindaban confianza.

“Aceptamos los términos.” Dijo Juan con voz segura sin mirarme de nuevo.

El señor sonrió, poniéndose de pie y dándonos la mano. “Entonces en cuanto reúnan el dinero me llaman a este número.” Le entregó a Juan una tarjeta de negocios. “Detrás se han agregado tres nombres con sus respectivos tres números. Son del área de Miami para que sus familiares puedan verificar con ellos. Después ustedes podrán hacer lo mismo con otras personas en el futuro. Cuando puedan pagar me llaman y concertamos una cita para prepararlos. ¿De acuerdo?”

Ambos esta vez dijimos que sí. Cuando retornamos al departamento, lo primero que hicimos fue comenzar a contar lo que habíamos podido ahorrar y

escondimos debajo del colchón, pues no podíamos ni acercarnos a un banco. Vendiendo el Chevy, nuestras pocas propiedades y nuestros puestos de trabajo, hacíamos la cifra con suficiente margen para no pasar hambre por el camino. Por suerte a Correa nunca se le había ocurrido cambiar la moneda a otra diferente del dólar, y eso nos facilitaba las cosas. Los billetes verdes valen en todas partes como quiera. Todo el mundo los acepta como buenos a pesar de la propaganda contraria.

Nos tomó una semana reunir unos quince mil dólares americanos, pero nos quedamos con algunas mudas de ropa solamente. Cuando llamamos al señor de la oficina de viajes extraoficiales estábamos algo nerviosos. No dejaba de asustarnos la aventura a la cual nos estábamos exponiendo. Nos respondió la misma muchacha que estaba en el lugar durante la primera entrevista y nos citó para el día siguiente a las nueve, con nuestros diez mil dólares sin excusas y nuestros pasaportes.

Juan, como buen previsor, preparó dos estuches idénticos envueltos en papel periódico. En uno apretó los diez mil dólares y en otro una cantidad de papel recortado del mismo tamaño. Los reales los llevaría yo bajo la falda y los falsos él por si sufríamos algún atraco por el camino. La violencia era un flagelo que estaba afectando a esta nación como a todas las demás en este hemisferio.

Cuando los custodios del edificio verificaron nuestra cita y nos dejaron ingresar en uno de los rápidos ascensores, estábamos nerviosos pero no hablamos. Allí había cámaras y micrófonos por todas partes. La misma muchacha nos recibió y nos pasó a la sala. La bandeja con el café la trajo el mismo señor de la primera reunión. Mirándonos directo a los ojos nos preguntó: “¿Trajeron el dinero?”

Juan y yo nos miramos y él me hizo un gesto para que sacase el dinero. Lo hice y se lo entregué al hombre, que desenvolvió el bultico y contó todos los billetes de a cien, mirándolos al trasluz y examinando algunos cuidadosamente. Al final, ya satisfecho, nos miró y nos sonrió.

“Bueno. El efectivo está correcto. Vamos a entrar en los detalles. Esta organización se encarga de trasladar sanos y seguros a cubanos desde Ecuador hasta los Estados Unidos a través de un sistema de conexiones que ha probado ya su efectividad varias veces. ¿Ustedes trajeron sus pasaportes? ¿Me los muestran?”

Se los entregamos. El señor ojeó cada uno cuidadosamente y se los pasó a la muchacha que comenzó a tomar datos de ellos y a guardarlos en una pequeña laptop.

“Como veo sus pasaportes cubanos son completamente nuevos y no tienen



ningún visado. Eso no es problema. Ustedes tendrán que acudir con dos días de antelación a la fecha que acordemos a las oficinas de Inmigración de Ecuador. Allí les harán mil preguntas sobre cómo ingresaron a este país y el tiempo que llevan, qué han hecho, etc. Pero eso no es lo importante ni les debe preocupar. Cuando el funcionario que les atienda se harte de preguntar le dicen que ustedes desean un permiso de salida de Ecuador pues de lo contrario los detendrían en el aeropuerto cuando intentasen retornar a Cuba después de dos años desaparecidos y los boletos vencidos. El funcionario les va a decir que eso se puede hacer pero no podrán regresar jamás al Ecuador. Ese es el castigo instituido por haberse quedado ilegal. Ustedes aceptarán. El funcionario entonces les acuñará en cada pasaporte un permiso de salida para las autoridades de la terminal aérea y con esto les estará habilitando indirectamente el documento para que se larguen definitivamente. Les darán setenta y dos horas para que abandonen el país. De inmediato, ya con los pasaportes legalizados para una salida, irán a la embajada de Nicaragua y comprarán una visa de turistas por quince días o un mes. Allí no les harán muchas preguntas pues ustedes estarán pagando una buena suma y son cubanos bienvenidos por Ortega. Ninguno de ustedes se ha quedado allí por propia voluntad ni han generado muchos problemas. Ya con los pasaportes visados y el permiso de salida, irán directo a una agencia de viajes y compraran un boleto de ida hacia Nicaragua en el primer vuelo de cualquier aerolínea que tenga asientos y me lo informan en detalle, en especial los horarios de salida de Ecuador y llegada a Nicaragua. Esto es muy importante, pues desata la marcha del mecanismo y puede que no sean ustedes los únicos que estén viajando, pero de eso se enterarán con posterioridad. Al llegar a suelo sandinista les estará esperando en la primera sala del aeropuerto una mujer con un cartel con sus nombres impresos. Con ella deberán contactar. Ella los asistirá y llevará a...”

El imponente señor continuó explicándonos las características y detalles del viaje en el cual tendríamos que viajar de incógnito a través de varias naciones y atravesar fronteras a pie por lugares de difícil acceso.

“Por suerte ya no había guerrillas en estas áreas lo cual haría imposible el trayecto, pero es la única forma en la cual podrán llegar. No pueden tener nada escrito por si los sorprenden las autoridades, aunque deberán entregarse a dos de ellas para completar el destino. Con suerte en unos días estarán en Estados Unidos. Cuando arriben a sus hogares deberán llamarme para informármelo y dar por concluido el servicio. En cada nación por donde pasen existirán algunas personas especialistas que los asistirán en caso de dificultades, pero que no aparecerán si todo marcha bien como está planificado cuidadosamente”.

Volvimos al departamento mucho más esperanzados, estábamos alegres,

aunque no hablamos entre nosotros, ni en la calle, ni en el ómnibus con temor a que los abundantes milicos nos detectasen y nos colocasen de inmediato en un avión de cubana sin escalas.

Al día siguiente, cuando Juan y yo ingresamos en las oficinas de inmigración, teníamos los testículos a la altura de las gargantas. Pero el funcionario fue amable y tras explicarnos que no podríamos regresar a Ecuador, selló nuestros pasaportes. En la pequeña embajada de Nicaragua nos atendieron de inmediato. Una señora Cónsul con talante de pocos amigos nos recibió en su oficina y nos preguntó para qué queríamos ir a Nicaragua. Le mentimos diciendo que nuestro padre había estado laborando allí como maestro cuando la guerra de los Contras y que queríamos visitar los lugares de los cuales nos había hablado.

“Son quinientos dólares cada uno.” Fue su respuesta. Juan ya los tenía contados y preparados en el bolsillo de la camisa. Cuando ella los vio sobre la mesa, selló nuestras visas. “Son válidas por un mes.”

El siguiente paso fue la agencia de viajes. De ella salimos a los pocos minutos con dos pasajes hacia Nicaragua en Avianca para el día 12 de noviembre del 2012.

Cuando llamamos al teléfono de la tarjeta no era aún mediodía. Nos respondió el mismo señor en persona y Juan le dio las coordenadas.

“Muy bien. Nos vemos en los Estados Unidos.” Nos contestó.

## **Día Uno**

### **Nicaragua, 12 de Noviembre 2012**

Nos levantamos tempranito y nos trasladamos casi sin equipajes, solo con una mochila a las espaldas, al cercano aeropuerto ecuatoriano. Pagamos nuestro impuesto de salida, y en emigración el agente que nos atendió solo nos observó al rostro, revisó el pasaporte y nos los devolvió haciéndonos pasar con un gesto como si no quisiera vernos delante nunca más. Gastamos encogidos apenas unos minutos en la sala de espera y escuchamos con un ligero sobresalto la llamada a abordar nuestra nave. Nos advirtieron de que haríamos escala en Colombia y Panamá para dejar y recoger a pasajeros, y en ambas terminales nos desembarcaron a todos y nos llevaron a un salón aislado, mientras hacían la transacción. Ése hubiese sido el momento de escaparse siuviésemos esa intención, pero no era el caso. Nuestro destino era Nicaragua y hacia él nos dirigimos. Observé por la ventanilla del avión una ciudad capital chata, sin altas edificaciones o un centro urbano bien definido. A la derecha se

podía ver el extenso lago Managua que irriga la ciudad.

En cuanto aterrizamos, todos salimos rápido hacia la sala de arribantes del aeropuerto nicaragüense. Inmigración no nos miró mucho con nuestros pasaportes bien visados y la aduana no se molestó en abrir nuestras mochilas. En unos segundos pasamos a la sala común donde debíamos encontrarnos con la mujer que portaría un cartel con nuestros nombres. Fue fácil porque allí no era como en La Habana donde se aglomeran cientos de personas familiares, allegados, y socitos, para recibir a tres o cuatro cubano - americanos que arriban por primera vez. La joven estaba parada discretamente junto a una columna y al vernos dirigirnos hacia ella nos sonrió amablemente.

¿Ustedes son Patricia y Juan?” preguntó y asentimos “Me dejan ver sus pasaportes, por favor.”

Nos movimos, siempre precedidos por ella y sin hablar, hacia una zona de estacionamientos donde la muchacha desactivó la alarma de un Audi muy nuevo y puso en marcha el motor. Montamos detrás y nos llevó directo a la ciudad. Éramos todo ojos intentando captar lo más que podíamos de esta tierra donde nunca pensábamos regresar. La urbe no nos agradó por el ambiente arisco que se notaba desde la ventanilla cerrada. Tal vez fuese nuestra primera impresión, pero no existiría nunca una segunda.

Nos detuvimos frente a una residencia modesta en la periferia. Una pareja de señores de mediana edad nos recibió y nos llevó hasta la parte trasera de la vivienda donde había un cuarto grande independiente con baño. De dentro salieron dos muchachas y un joven también cubanos y de repente nos abrazamos. La muchacha que nos había llevado hasta allí nos dijo que debíamos mantenernos dentro de la habitación sin salir para nada, aunque por esta vez estuviésemos legales en esa nación. Los dueños de la casa nos proveerían de todo cuanto necesitásemos. La habitación era amplia, con varias literas de a dos pisos dispuestas como un cuartel. Ronroneaba el aire acondicionado y en la pared opuesta había un gran televisor de pantalla plana sintonizado en algún canal local. En él decían que se acercaba un gran temporal con mucha lluvia para toda la zona centro americana. Inspeccionamos el baño y lo encontramos impecable para el uso de una sola persona a la vez, incluyendo papel higiénico, un lujo en La Habana. En una mesa con varias sillas alrededor se veían varias revistas y periódicos locales, así como un pequeño estante con varios libros bestsellers con carátulas brillantes y atractivas.

La señora de la casa abrió las puertas y entró empujando un carrito con varias bandejas conteniendo diversos tipos de comidas, varios platos, y cubiertos para los cinco. Era la hora de la cena. Ni nos acordábamos, aunque sí teníamos hambre.

Hablamos profusamente mientras comíamos. Angélica, una de las jóvenes, nos contó que una familia había salido de Ecuador por una vía diferente a la nuestra pues no contaban con los recursos suficientes, y que al llegar a la selva de Costa Rica se habían separado mientras cruzaban a pie. Dos llegaron al otro lado y dos nunca salieron de la jungla. Casos como este habían levantado tanto revuelo que la presidenta Chinchilla ordenó al ejército la búsqueda y captura de todas las personas que intentaban la difícil aventura de atravesar su país a través de la selva, además de la creación de un campamento de refugiados cubanos en vías de escape desde Ecuador hacia los Estados Unidos. Pero se le ocurrió la brillante idea de nombrarlo Campamento José Martí y los cubanos comenzaron a evadir su ayuda, recordando a las antiguas UMAP de los sesenta, campamentos agrícolas donde ingresaban a las familias, incluyendo a los niños, para realizar trabajos agrícolas forzados antes de sus salidas definitivas hacia los Estados Unidos.

Así nos pasamos un buen rato conversando hasta altas horas de la noche, contándonos nuestras aventuras personales desde que salimos de Cuba hasta este momento.

## **Día Dos**

**Nicaragua, 13 de Noviembre 2012**

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Estábamos desayunando cuando se abrió la puerta y apareció la guía de ayer para decirnos que ese día partirían los tres que ya estaban aquí cuando llegamos nosotros. Nos despedimos con alegría. Nada anuncia que algo va a salir mal. Cuando se marcharon nos quedamos solos nosotros dos. Juan se alegró pues podíamos contar con algo de privacidad, pero nos íbamos a pasar todo el día dentro de esta habitación sin poder asomarnos ni siquiera un ratito a la calle. Dormimos, vimos televisión, comimos, dormimos y vimos más televisión. Así todo el día hasta bien entrada la noche, cuando caímos exhaustos de aburrimiento en las literas.

## **Día Tres**

**Nicaragua, 14 de Noviembre 2012**

La guía Emelina, al fin nos reveló su nombre, llegó cuando habíamos terminado de desayunar, sobre las ocho de la mañana. Traía una carpeta entre

las manos con algunos papeles y mapas y nos venía a explicar el itinerario que íbamos a seguir de ahora en adelante. Nos dijo que revisásemos nuestras pertenencias para comprobar si llevábamos todo lo necesario.

Nosotros ya teníamos nuestras mochilas preparadas. Nunca las desempacamos, siempre listos para escapar ante cualquier dificultad. La ropa interior la lavábamos a mano en el baño cuando nos duchábamos y la colgábamos para que secase rápido. Llevábamos un par de pantalones resistentes no demasiado apretados y sin demasiadas costuras ni letreros o propaganda visual; un par de camisas o camisetas, lo que nosotros en Cuba llamamos pulóver, sin carteles ni escrituras; un par de zapatos deportivos cerrados adicionales, medias y algunos recambios de ropa interior. También una máquina de afeitar desechable, desodorantes, y un par de gorras y gafas oscuras de las más comunes que habíamos encontrado. Nada podía ser llamativo. Para alimentarnos, una botella de agua de a litro y medio o dos litros, una lata de leche condensada y un paquete de galletitas bien selladas. Nada más. Todo el dinero que llevábamos no iba en carteras o monederos, sino empaquetado y protegido en una bolsita de nylon sellada escondida en alguna parte del cuerpo por si teníamos que meternos en algún río.

Emelina extrajo un mapa grande y muy detallado de Centroamérica que colocó sobre la mesa y sobre el que señaló el recorrido.

“Saldremos de Managua en bus hasta un pueblo cercano a la frontera con Honduras. Nos llevarán hasta un lugar donde cruzaremos a pie. Al otro lado pernoctaremos en una casa atendida por locales que nos estarán esperando. Durante el trayecto por Nicaragua no tendremos problemas pues somos turistas legales. Ya en Honduras deberemos andar con cuidado pues atravesaremos todo el país en un solo día en dos buses. Nos dejarán muy cerca de la frontera y la atravesaremos a pie. En Guatemala habrá otra casa del mismo estilo de las anteriores. De nuevo atravesaremos todo el país en una sola jornada en dos buses, el último de los cuales nos dejará en un hotelito en la misma frontera con México. Ya cuando estemos en México termina nuestra compañía y guía. Los dejaremos muy cerca del Centro para el Control de Emigrantes en el DF y deberán entregarse a las autoridades. Ahí pasarán dos o tres días detenidos hasta cuando les entreguen un salvoconducto, o papel timbrado, con el cual podrán atravesar lo que les resta de México. Ya libres dentro de México deberán continuar en bus hasta la frontera por este pueblo. ¿Lo ven? ¿No lo olvidarán? Ya allí tomarán un taxi que los pase y del lado de allá las autoridades los interrogarán y ustedes solo deben mostrarles sus carnés de identidad y pasaportes cubanos. Eso hará el truco. Más bien lo completará. ¿Entienden?”

Ambos asentimos, aunque sabíamos que teníamos muchas lagunas y no entendíamos nada. Nos habíamos confiado en cuerpo y alma a esta gente y

hasta ese momento estaban cumpliendo. Si fuese una estafa o algo peor, hacía rato que hubiera concluido. Solo era cosa de dejarnos llevar y rezar por que nos acompañara la buena suerte.

Recogimos las mochilas y apenas pudimos decir adiós a la pareja que nos había atendido hasta ahora. Afuera un Audi encendía el motor, pero esa vez lo conducía un hombre que se hacía llamar Francisco. Atravesamos Managua, ciudad sin mucho glamour, y nos detuvimos frente a una estación de autobuses nacionales. Francisco nos entregó los pasajes para el ómnibus que partía en apenas cinco minutos. Subimos los tres casi corriendo y nos acomodamos bien al fondo. Avanzamos por la Carretera Panamericana y pasamos varios pueblitos hasta entrar en la Ciudad de León, medio parecida a Managua, solo con menos elegancia. Después Telica, Chichigalpa, Chinandega hasta cuando llegamos a Somolito ya anocheciendo. Ése era el final del recorrido del bus, así que bajamos y buscamos en las cercanías algún lugar donde cenar algo ligero. Teníamos los pies entumecidos debido a la larga estadía sentados, pero nos sentíamos bien. Cuando terminamos de cenar, fuera del restaurante nos esperaba un taxi local. No hubo necesidad de darle dirección alguna. Viajamos por media hora hasta que nos detuvimos en una desolada carretera de dos sendas. Estaba muy oscuro. Juan no me soltaba la mano y a veces me la apretaba demasiado. Emelina estaba tranquila, vestida de jeans y camiseta ligera, con zapatos deportivos y sin mochila.

A nuestro alrededor solo se veía la selva negra. Cuando el taxi desapareció tras la primera curva cerrada de vuelta al pueblo, nos percatamos de lo perdidos que estábamos. Escuchamos sonidos de animales o aves desconocidas e imaginamos qué podríamos encontrar ahí dentro, o qué nos estaría acechando con ojos diabólicos desde las sombras.

De improviso dos hombres vestidos de campesinos aparecieron parados detrás de nosotros. Cuando nos volvimos hacia ellos nos asustamos. No los habíamos visto llegar y no habían partido ni una ramita para anunciarse como en las películas. Emelina se les acercó y les dio la mano llamándolos por sus nombres indígenas, para después mirarnos con cierta sorna. “Son los dos guías locales.” Nos dijo.

Los dos jóvenes comenzaron a caminar delante de nosotros y avanzamos en fila india. No llevábamos linternas y nos adentramos en la selva, justo cuando empezó a caer una lluvia fina. El suelo de todas formas era puro fango debido al temporal que no cesaba por aquella zona. Caminamos hasta toparnos con una montaña muy alta. Comenzamos a trepar y pronto tuvimos que hacerlo a cuatro patas. Por suerte, vestíamos jeans fuertes que impedían que nos arañásemos las piernas y las rodillas. Caíamos una y otra vez, nos levantábamos a duras penas y avanzábamos hasta volver a resbalar. Era un infierno y la montaña parecía más alta que el Everest. Los guías locales nos

ayudaban a ponernos en pie y a continuar la marcha a cada minuto, hasta llegar a la cima. Bajamos de la misma forma, bien la mitad del tiempo resbalando y tropezando con los arbustos e intentando todo el tiempo evitar las exclamaciones y apretando los labios para no dejarnos escuchar y delatarnos. Cuando llegamos de nuevo al llano estábamos muertos de cansancio y llenos de fango hasta el pelo. Continuaba lloviendo fino, pero avanzamos con buen paso por un terreno firme y nivelado. Superar el gran obstáculo de la loma nos había tomado una hora.

Pronto vimos las luces de una vivienda campesina y hacia ella nos dirigimos. Varios perros comenzaron a ladrar al acercarnos, y dos personas salieron a la noche a interceptarnos con dos escopetas de dos cañones listas para disparar. Nos calmamos al observar las reacciones de Emelina y de los dos guías. Era buena señal cuando veíamos que ellos no se sorprendían o asustaban. Todos nos acercamos a la vivienda.

Cuánta alegría sentimos cuando vimos a los tres que han salido el día anterior esperándonos cerca de la casa. Nos abrazamos a pesar del fango y del agua como si nos conociéramos de siempre e hiciera mucho que no nos veíamos.

Estábamos en Honduras.

## **Día Cuatro**

**Honduras, 15 de Noviembre 2012**

Las personas que nos acompañaron y asistieron hasta este momento se habían portado bien. Hasta habían sido amables como Emelina, quien hasta cierto punto corría nuestra misma suerte. El dinero había sido pagado con antelación y cualquier cosa podría suceder, pero este tipo de organización basa sus operaciones en la confianza de que las personas llegan sanas y salvas, a pesar de las difíciles condiciones del viaje. Quienes llegan son la propaganda viva más efectiva de que funciona. Quienes logran sacar a cubanos de cualquier parte para dejarlos en los Estados Unidos se hacen millonarios en pocos meses, tal es la desesperante ansiedad de unos ciudadanos que no soportan el régimen de su nación y en vez de optar por derrocarlo o combatirlo, se derrocan a ellos mismos abandonando todo lo que es suyo, desarraigándose hasta el mismo centro del corazón que permanecerá dolido todo el resto de sus vidas.

Toda esta parafernalia de contactos y casas secretas debe tener una segunda, e incluso una tercera opción, para casos de dificultades como

encuentros con la policía que en estos países siempre revueltos es militarizada y se comporta como otro ejército más en guerra. Disparan y después preguntan. Estos sistemas tan bien engrasados de personas deben de emplearse en otros fines como el narcotráfico. Así es como las mulas humanas acarrean la droga hasta los Carteles de México, quienes son los que a su vez se encargan de ingresarlos en los Estados Unidos. Nosotros somos inocentes palomitas, alguna ganancia adicional que no han desdeñado sus organizadores con la finalidad de mantener sus engranajes aceitados. A fin de cuentas, esto es tráfico humano, algo incluso más peligroso que el de estupefacientes.

Las personas de la nueva vivienda no son muy amables, más bien hoscas y poco educadas en materia de relaciones personales. Eran campesinos alejados de cualquier pueblo y estaban habituados a este tipo de tránsito de seres humanos que para ellos son puros elementos de paso. Nos dijeron que saldríamos al día siguiente en cuanto hubiésemos desayunado. No había televisión ni radio para nosotros, ni luz eléctrica, pero no necesitábamos nada de esto. Estábamos tan cansados que caímos en las literas y nos dormimos de inmediato sin pensar en nada. Afuera continuaba lloviendo intermitentemente.

## **Día Cinco**

**Honduras, 16 de Noviembre 2012**

Después de tomar leche real de vaca con mucho café y tostadas con mantequilla, nos equipamos con nuestras mochilas y nos dispusimos a marcharnos. Esta vez nos íbamos los cinco juntos con la guía Emelina. Abordamos un jeep todoterreno descapotable conducido por uno de los locales y nos trasladaron dando tumbos por terraplenes y guardarrayas hasta el próximo pueblo. Cuando nos acercamos logré leer el nombre del lugar en la señal azul de carretera: Choluteca. El chofer estacionó muy cerca de la terminal de ómnibus que no era más que una esquina cualquiera del poblado. En cuanto bajamos, hizo un cambio de sentido y se marchó sin despedirse. Empezábamos a acostumbrarnos a sentirnos y a que nos trataran como mercancía.

Esperamos por la llegada del transporte. Emelina nos entregó el efectivo hondureño, pues no había tickets ni dónde comprarlos con antelación. Cuando la guagua llegó, no era una guagua sino un camión con una cabina trasera para pasajeros sin ventanillas y con pocas comodidades. Estábamos en zonas campesinas y allí casi todo era rústico menos nosotras. Los hombres que nos pasaban cerca nos observaban directamente sin muchos escondimientos. Era fácil adivinar lo que pensaban.



Viajamos por una carretera de dos sendas a través de pura selva desde Choluteca hasta San Salvador, de la cual no vimos nada mientras nos trasladábamos por la periferia y arribábamos a Nuevo San Salvador. Ingresamos atravesando la ciudad hasta la terminal de ómnibus. Emelina nos dijo que nos quedásemos tranquilos en un rincón de un espacioso salón con cafeterías y varios servicios. No podíamos hablar ni siquiera entre nosotros, ni debíamos hacer grupo para no llamar la atención. Si la policía hondureña nos sorprendiera, nos pediría pasaportes y al ver nuestros orígenes y visados de Nicaragua, pasaríamos de cuartel en cuartel hasta que nos deportaran a todos de vuelta.

Ya pasado el mediodía Emelina retornó y nos entregó un pasaje a cada uno para abordar esta vez un verdadero ómnibus. Como de costumbre nos acomodamos al final. No hablamos durante el trayecto y dormimos o nos hicimos los dormidos todo el tiempo. Yo apoyé mi cabeza en el cristal de la ventanilla y observé el país con los ojos semicerrados por detrás de las gafas. De cuando en cuando veía a jeeps de policías con cascos y armas largas. Parecían amenazantes aunque eran jóvenes. Por supuesto, no estarían buscando a cubanos emigrantes sino a revoltosos o narcos, pero si caíamos, de vuelta a los nica y a subir la loma otra vez.

Por suerte, salimos sin contratiempos de Nuevo San Salvador y más tarde atravesamos la ciudad de Santa Ana. Continuamos viaje rumbo al norte pasando por esporádicos pueblitos hasta llegar definitivamente al pueblo de Chalchnapa cuando ya era noche cerrada. Dejamos la calle central, la única con importancia en el pueblo, y tratamos de pasar inadvertidos, cosa muy difícil: nuestras ropas estaban fuera de estilo y nuestras pieles blancas y caras de europeos destacaban entre las gentes indígenas. Sentía que nos miraban sabiendo perfectamente qué hacíamos allí. Las viviendas comenzaron a hacerse más escasas y más pobres. Esporádicamente notamos a alguna persona parada en un portal o alguna silueta en el marco de una ventana, pero continuamos avanzando, siguiendo a Emelina y en alerta, por si acaso.

De repente, una de las muchachas dejó escapar un grito reprimido y yo pensé inmediatamente en la mordedura de una serpiente, común en estas áreas rurales. Nos quedamos paralizados todos. Emelina enseguida se le acercó y le dijo algunas cosas en voz baja, antes de reanudar la marcha. La chica que había gritado caminaba cojeando y calzando solo una zapatilla. La otra se le había pegado al fango y se había quedado atrás, entre Honduras y Guatemala.

El potrero era la frontera. Las vacas nos observaban más asustadas ellas que nosotros. Caminamos un poco más entre pequeños accidentes, hasta que pudimos apreciar claramente las luces eléctricas de una vivienda, un bungaló campesino. Hacia allí nos dirigimos.

En esta ocasión, una familia con varios muchachos nos recibió sonriente como si fuéramos conocidos. La señora se presentó y nos dijo: “Bienvenidos a Guatemala.” En la casa había mucho mayor confort: agua caliente, baños privados, espejos, cosméticos... Y en cuanto nos cambiamos, nos esperaba una buena cena. No había televisión, pero nos entretuvimos conversando en la sala con la familia y los niños en particular, que eran muy despiertos y agradables. El ánimo mejoró ostensiblemente.

## **Día Seis**

**Guatemala, 17 de Noviembre 2012**

A la mañana siguiente nos despedimos de la amable familia guatemalteca y nos dirigimos a un pueblito llamado Culiapas. No eran más de las diez de la mañana pero el calor y la alta humedad de estas regiones nos hacía sudar copiosamente y sentirnos exhaustos. La villa no era muy grande y solo algunos viejos sin nada que hacer se solazaban en las esquinas bajo amplios sombreros, comentando sus misterios y observándonos como los bebés, sin pestañear y sin cambiar la mirada por educación. En ese pueblo cogimos un nuevo ómnibus destino a Ciudad Guatemala.

Era apabullante la miseria que se notaba incluso desde los cristales del ómnibus mientras ingresábamos a la Capital. Las villas miserias se suceden una tras otra tan solo separadas o diferenciadas por riachuelos de aguas albañales, desagües, o las infraestructuras de acueductos gigantes para el servicio de la zona centro que se aprecia desde todos lados. No llegamos allí, donde está la riqueza acumulada. Nos detuvimos en otra de las innumerables estaciones de ómnibus locales donde nunca pedían pasaporte. Por eso viajábamos así. Emelina se encargaba de que nuestro acento raro y nuestro desconocimiento de las comidas locales no delatasen nuestra extranjería. Hablábamos poco, casi nada, pero nos sentíamos familia, incluyendo a Emelina que mantenía la cohesión del grupo. Aunque era cierto que no habíamos tenido aún una situación de estrés o peligro, esos momentos en los que se revelan las verdaderas personalidades y se prueba de verdad la fortaleza de los lazos que se han creado.

Antes de las dos de la tarde ya estábamos a bordo de otro ómnibus estilo camión, pero cerrado y con aire acondicionado. Me daban un poco de gracia los letreros que veía con los nombres de los pueblos por donde íbamos pasando: Chimaltenango, Huehuetenango, Jacalíenango... Al final Emelina nos hizo una señal para que bajásemos. El ómnibus se detuvo justo frente a una edificación tipo motel norteamericano en las afueras, ya alejado

convenientemente del último pueblo. Esa noche no iba a haber residencia de campesinos con quienes hablar, sino malolientes habitaciones de hotel barato con TV, baño y aire acondicionado. La selva no estaba muy distante a espaldas del hotel. Nunca lo había estado durante este viaje.

## **Día Siete**

**México, 18 de Noviembre 2012**

Nos despertaron a las seis de la mañana con un refrigerio (un bocadito de jamón y queso y una cajita de jugo) y nos alistamos. Emelina había salido temprano hacia alguna parte y llegaba de regreso cuando nos reunimos todos en el lobby. Nos informó de que, por fortuna, el río estaba vadeable y podríamos seguir adelante sin variar la ruta. Afuera hacía una mañana gris con presagios de más lluvia. De camino yo fui haciéndome a la idea de que iba a mojarme para cruzar la frontera, pero cuando nos acercamos vi que el riachuelo era un verdadero torrente caudaloso. Nadie nos había preguntado en Ecuador si sabíamos nadar. Cuando avanzamos más y comenzamos a bajar por una ligera pendiente descubrimos a nuestro siguiente transporte: una balsa de madera halada con una soga gruesa a ambos lados de las márgenes. No había nadie sobre ella, así que tuvimos que halarla nosotros. Al llegar al otro lado Emelina observó a su alrededor y nos dijo: “Ya estamos en México.”

La miramos con algo de nostalgia e inseguridad. A partir de ahí íbamos a continuar solos, sin la guía, pues teníamos que entregarnos a las autoridades un poco más adelante. “Ya ustedes saben qué hacer.” nos dijo Emelina, y sin mediar otra frase o despedida dio media vuelta y comenzó a halar la balsa de vuelta a Guatemala. Tras unos pequeños instantes de inseguridad al vernos solos, comenzamos a caminar hacia lo desconocido. Estábamos de nuevo en la selva, aunque eso no duró mucho. Un trillo nos sacó a una carretera que debía ser la misma que pasaba por frente a nuestro hotelito. Caminamos rumbo norte un par de horas hasta un pequeño pueblo donde nos sentamos en un parque a esperar a que apareciese un bus-camión destinado al transporte público. Ya no teníamos que ocultarnos mucho, pues nuestro destino era precisamente caer presos por ilegales, pero debíamos acercarnos lo más posible al D.F. para evitarnos la burocracia y funcionarios veleidosos que intentasen sacarnos dinero sin ser los oficiales adecuados para darnos los permisos.

Ya en el transporte vimos pasar ciudades de diferente tamaño e importancia como Tuxla, Ciudad Cuauhtémoc, Oaxaca, Tehuacan, Puebla, hasta acercarnos claramente al Distrito Federal. Le pedimos al chofer que nos dejase en el Centro de Retención de Emigrantes de México y nos abandonó

debajo de un gran cartel donde se anunciaba la Cerveza Corona. Cuando se aplacó el polvo provocado por el abrupto avance del camión que nos traía, pudimos apreciar al otro lado de la carretera la famosa prisión, pues ésa es la impresión que da cuando uno la ve. Los cinco cruzamos la calle aun pensando si era buena idea eso de entregarnos, o sería mejor continuar por nuestra cuenta e intentar llegar a la frontera sin delatarnos a las autoridades. No estábamos muy seguros, pero si teníamos en cuenta que hasta allí habíamos acatado las reglas del viaje y todo había salido bien, quizá deberíamos seguir haciéndolo.

El lugar era imponente. Ocupaba aproximadamente una manzana y estaba cercado por un muro de unos cinco metros de alto con un par adicional de cerca Peerles soldada en la parte superior. La entrada era una gran puerta cuadrada para permitir el ingreso de vehículos y una más pequeña para las personas. Afuera en las esquinas se veían cámaras de circuito cerrado de televisión, así como en otros lugares, cubriendo todos los accesos. Todos nos agrupamos en la puerta de tamaño regular y cuando íbamos a tocar un timbre, ésta se abrió. Obviamente nos estaban observando con las cámaras. Dos hombres uniformados aparecieron delante de nosotros. Llevaban armas largas y cortas, pero no parecían agresivos. Se apartaron hacia un lado y nos invitaron a pasar, dirigiéndonos hacia el interior del lugar, una zona llena de oficinas muy parecidas a una estación de policía.

Allí una señora uniformada se nos acercó y nos pidió los documentos que portábamos. Cuando le entregamos nuestros pasaportes ella los observó y se giró hacia una de las puertas abiertas de las oficinas para exclamar bien alto: “¡Alberto! Otro grupo de cubanos con pasaportes legitimados en Ecuador.” Nos observó uno a uno deteniéndose más en mí. “¿Tú eres cubana o japonesa?” me preguntó. Yo me sentí un poco turbada pero le respondí que era cubana nacida y criada en La Habana. La oficial de emigración pareció satisfecha con mi acento y nos dijo a todos: “Aquí van a estar ingresados unos días hasta que comprueben sus documentos y la jefatura decida qué hacer con ustedes. Ahora serán conducidos a sus respectivas celdas.”

Esto de respectivas celdas no me agradó mucho, pues me trajo de inmediato a la mente una habitación de un metro por dos con una litera y una taza de baño de acero en medio. En otra sala nos separaron por sexos y enviaron a los hombres a un ala del edificio y a las mujeres a la otra. Las parejas tendríamos una sola hora al día para encontrarnos en el patio, en público. Nos pasaron a otro departamento donde nos quitaron nuestras pertenencias y nos entregaron un colchón flaco de espuma de goma, una sábana y unos uniformes horribles de color naranja para que nos vistiéramos de inmediato. Lo único que faltaba era que nos pusieran grilletes, aunque no nos tomaron la consabida foto de frente y de perfil con la escalita detrás. Nos

condujeron por unos largos pasillos hasta una gran sala alargada donde se agrupaban decenas de mujeres de muy diversa edad en literas de a dos de alto muy bien alineadas. Todas se callaron cuando nos acercamos y nos observaron muy bien. Una mujer gorda que había estado hasta este momento sentada en una especie de rueda jugando a las cartas, se levantó con algo de dificultad y se nos acercó, escogiéndome a mí por alguna razón.

“¿Eres cubana?” me preguntó.

“Sí, de La Habana. Todos somos de Cuba, pero llegamos desde Nicaragua, no directo desde la isla.”

La mujer se dirigió hacia el resto en voz muy alta: “Muchachas, otro grupo de cubanos de Ecuador.” Y entonces a nosotros. “No se preocupen ustedes, que si es como dicen, en unos días se van. Ya han pasado muchos por aquí con sus mismas características. Esas gentes que ustedes contactaron sí que trabajan bien. Mírenme a mí que llevo meses en esta celda después de que me atraparon creyendo que había desembarcado en la Florida y me encuentro con un mexicano chingado que lo primero que hizo fue llamar a las autoridades sin darnos tiempo a reembarcar.” Se rio con ganas. “Búsquense una cama vacía por allá atrás y vengan para acá para que no se aburran. La comida es buena y ya estamos casi en horario de que nos traigan la cena.”

Cuando hablaron de comida enseguida me percaté de que nos habíamos saltado el almuerzo y de que, en esos días en general, habíamos comido muy poco. La cena llegó en un carrito estilo hospital. Un par de matronas uniformadas con delantales y espumaderas gigantes nos sirvieron en unos recipientes plásticos un buen cocido de ternera picante, unos tacos rellenos con vegetales, papas hervidas, brócolis y una lata de bebida de Cola o botella de agua mineral.

Después de cenar hasta hartarme y ducharme con agua caliente, de repente me sentí enormemente cansada y la litera me pareció el mejor lugar del mundo. Pensé en Juan, aquélla era la primera vez en dos años que íbamos a dormir en camas aparte. Tal vez estaría tirado sobre una de estas literas pensando en mí, en nuestras cosas y en todas esas locuras que estábamos haciendo, jugándonos la vida para lograr una existencia mínima y decorosa que en la isla no podíamos tener. Todas esas mujeres que estaban allí presas, de una forma u otra habían intentado escapar de un lugar donde no habían encontrado suficientes esperanzas. Muchas eran muy jóvenes. Yo misma era todavía una muchacha.

## **Día Ocho**

## **Cárcel en México, 19 de Noviembre 2012**

Nunca supe cuánto dormí, pero me despertó la cháchara de las demás y el movimiento a mí alrededor. Había llegado el desayuno y las mujeres se arremolinaban alrededor del carrito que traía sándwiches, jugos y cafés para todas. Me levanté y recogí lo que me tocaba para asearme primero antes de comer nada. Me tomé mi tiempo y disfruté de la comida sentada al fondo donde se notaba un tranquilo silencio. Todas las demás se habían ido a sentar sobre las primeras literas que servían a manera de escenario para ver qué pasaba y conversar. El ambiente era de camaradería pues todas estábamos en la misma situación. Una de ellas comentó:

“Resulta increíblemente frustrante después de haber cumplimentado los mil y un requerimientos que te hacen las autoridades cubanas y las de la Sina, después de haber pagado cientos de Cuc que no tienes y nunca tuviste antes, dinero que casi siempre te envió desde allá un familiar amable y sacrificado, y después de hacer tu enorme y estresante cola, que llegues hasta una de las varias ventanillas de los cónsules y un hosco personaje revise todos los papeles, te observe un par de veces a la cara y te deniegue el permiso por posible emigrante. Y que tengas que irte de allí muy cabrona, con ganas de gritar, pero totalmente impotente contra todos estos burócratas de allá y de acá que te hacen la vida difícil. Al final te percatas de que esas personas estaban en lo cierto pues probablemente si llegas a los Estados Unidos, nunca retournes ni amarrada aunque eso no lo sabes hasta cuando chocas con la realidad. Hay quienes nunca se adaptan al trabajo duro doce horas al día cuando dos tercios de su vida la han pasado haraganeando en la isla, viviendo del cuento y el trafiqueo. Es difícil el choque, pero cuando coges tus dólares del primer pago que te parecen una enormidad, te sientes realizada y te crees que tienes al mundo por la barba. Puedes hacer lo que quieras y es verdad. El tema está en no intentar tener demasiado en poco tiempo, pues los caminos son aviesos y problemáticos. Yo estuve residiendo un tiempo en los Estados Unidos, me volví a Cuba pues no podía trabajar en lo que me gustaba y para lo que estaba preparada, pero me percaté de mi error; la realidad que había olvidado me volvió a chocar y ahora estoy aquí intentando llegar nuevamente. Yo soy médico y he dejado toda una familia detrás, pero ellos conocían de mis planes y fueron los primeros en apoyarme. Ahora los extraño tanto.”

“Ah, pues yo conozco a otra persona...” Saltó rápido con su historia otra de las muchachas. “...A quien sí le dieron una visa mexicana de turista después de haberse pagado su pasaporte y haber invertido su dinero en las gestiones de ir decenas de veces a la embajada en La Habana, pues vivía en el interior. Llegó junto a mí en el mismo avión, bajamos y cuando chocamos con inmigración en el aeropuerto del DF, le preguntaron qué va a hacer en México

y respondió que visitar a unos familiares. Estos le pidieron los teléfonos para contactar con estas personas y verificar su estatus, pero ella no los tenía. Nunca los tuvo, pues su intención era la de llegar a la frontera y pasar por sobre el Río Bravo al lado de allá, pero no pensó en este detalle. Pues los policías de la migra la detuvieron cuando ella se puso cabrona porque no la dejaban pasar. La sentaron detenida en otro saloncito y la montaron en el próximo avión de vuelta para Cuba. ¡Qué triste!”

“Pues yo escuché incluso que a una funcionaria en funciones de trabajo enviada por el mismo gobierno la devolvieron porque no pudo aportar estos datos a las autoridades del aeropuerto que se lo exigían. Ella los tenía, el gobierno se los había dado con suficiente detalle, pero se le habían olvidado en La Habana. Venía a trabajar autorizada, pero también la montaron en el próximo avión de vuelta a infierno. Me imagino que le habrán echado un buen responso.”

Una rubia bonita y bien vestida a pesar del overol naranja, dijo con una vocecita delicada: “Yo conozco a otras personas que sí ingresaron en este país y fueron detenidas llegando a la frontera pues son muchos los controles mientras más te acercas allí. Asimismo otras desaparecen antes de llegar sin dejar el menor rastro de qué les sucedió, aunque también conozco de algunos, o más bien muchos, que han llegado hasta los puentes sobre el río y han cruzado. Si llegan a lado de allá se les aplica la Ley de Ajuste Cubano y se quedan. Ese es nuestro privilegio y quien quiera irse de Cuba debe hacerlo antes de que eso se acabe, pues entonces sí vamos a estar fastidiadas para entrar en el desarrollo. Vamos a tener que hacer como todo el resto del planeta y mojarnos las nalgas. Los americanos, por las razones que sean, han sido demasiado buenos con nosotros pues les hemos enviado hacia allá hasta nuestros presos y criminales”

Otra trigueña tenía también su relato. “Yo estuve leyendo no hace mucho que a un pelotero famoso que intentaba escapar hacia los Estados Unidos donde jugaría en las Grandes Ligas, la mafia lo capturó aquí y lo retuvo en alguna parte, ya cercano a la frontera. Entonces se comunicó con su familia y les dijo que si no aportaban no sé cuál loca cifra de dólares le cortarían varios dedos al pitcher. La familia se volvió loca del susto y parece que pagaron pues el tipo llegó sano y salvo a Yanquilandia, o los policías lograron rescatarlo. No estoy muy segura de cómo fue el final, pero lo importante es el hecho de que no puedes hablar mucho en ninguna parte pues quien escucha no siempre es bueno y si se enteran de que tu gente tiene dinero allá, no te dejan llegar para pedir rescate”.

Continuamos hablando hasta la hora del almuerzo cuando volvió a llegar el carrito con recipientes humeantes. Acabamos con la comida en un dos por tres y volvimos a deambular por el dormitorio-galera por un rato en un vano

intento por apurar las horas. Exactamente a las dos de la tarde sonó un timbre largo y todas las mujeres se apresuraron a ponerse en cola tras la puerta de barrotes de acero. Era la hora del patio. Yo pensé en mi Juan y en los deseos que tenía de verlo. Empujé a unas cuantas que protestaron a mis espaldas, pero no las escuché y salí de las primeras. Avanzamos por un largo pasillo hacia una luz intensa, la zona no techada del centro del edificio, típica en las construcciones españolas del siglo dieciocho y diecinueve. Me tapé los ojos con la mano a modo de pantalla para distinguir a Juan y corrí hacia él para lanzarme a sus brazos y besarle. Me parecía que hacía milenios que no lo veía. Juan tan solo sonreía y me abrazaba a su vez. Cuando me separé un poco vi que tenía los ojos un poco húmedos. Le tomé de la mano y nos fuimos a un rincón apartado.

Conversamos y nos contamos cómo nos había ido. Juan estaba en la sala oeste y allí sucedía lo mismo. Todos eran cubanos escapistas intentando llegar a la tierra prometida por ellos mismos. El ambiente no era malo porque no eran delincuentes sino casi todos profesionales o jóvenes que aún estaban estudiando. Después nos encontramos con las personas que habían hecho parte del recorrido con nosotros. Estaban bien y deseando salir de allí, pero no habían procesado a ninguno todavía. Cuando el silbato volvió a sonar resultó enervante, teníamos que volver a nuestra reclusión. Caminé sola de vuelta y al entrar en la sala me di cuenta de que nos habían instalado un enorme televisor de pantalla plana. Por consenso se eligió sintonizar el canal de Univisión, pues estaba en español, y el resto de la tarde nos la pasamos viendo la tele.

## **Día Nueve**

### **Centro de Retención en México, 20 de Noviembre 2012**

Al día siguiente, después del desayuno, me llevaron a una oficina donde un señor de uniforme me hizo una serie de preguntas mientras barajaba mis documentos dispersos sobre la mesa como intentando entender. Debe de ser difícil comprender a los cubanos cuando la propaganda muestra a nuestra sociedad como un cúmulo de maravillas para los pobres, casi todos contentos y aceptando de buen grado nuestras bondades-penurias. Nada más lejos de la realidad, pero hay que vivir ahí para conocer eso, lo diabólico y enrevesado. Para un extranjero Cuba siempre es un enigma aunque se esfuerce por entender.

Cuando uno sale de Cuba se percata, entre las primeras cuestiones, aparte de los supermercados llenos de carnes y chucherías, ropas y automóviles modernos por todas partes, etc. de la ausencia casi total de política en los



medios locales de televisión. En la isla todo es observado, hasta las más nimias cuestiones, desde ángulos politizados a conveniencia del redactor jefe Raúl, antes Fidel, hasta el punto de sentir deseos de mandar todo al carajo y no leer nada más en su vida que no sean las novelitas viejas de Corín Tellado.

### **Día Diez**

#### **Día de Asueto, 21 de Noviembre 2012**

Este día fue uno de los más aburridos de mi existencia. Desayuno, TV, cartas, almuerzo. Una hora de lujo con Juan en el patio. Más TV. Cena. TV y a dormir cuando nos morimos de tedio.

Resultaba insoportable continuar encarcelados sin nociones de cuándo nos iban a soltar, y pensé en lo desesperante que debía ser adaptarse a los tantísimos años de cárcel a los que en ocasiones sentenciaban a algunas personas sin delitos, como por ejemplo a los disidentes. Sentir que de pronto te arrebatan tu zona de confort, junto a tu familia y tu hogar, solo por expresar tu opinión, y te encierran durante media vida junto a los más rabiosos delincuentes y en las peores condiciones imaginables debe ser muy duro. Creo que si fuese yo hubiera muerto de tristeza o de rabia.

### **Día Once**

#### **Salimos a México, 22 de Noviembre 2012**

Al día siguiente me llamaron después de almorzar y también a Rita y Angélica, las dos muchachas que nos acompañaron desde Nicaragua. Cuando llegamos a la misma oficina del día de la entrevista, allí estaba Pedro, el muchacho que también nos acompañaba, pero no Juan. Le interrogué con la mirada, pero él solo se encogió de hombros como si no supiese nada. El funcionario nos observó y nos mandó sentar. Le acompañaba otra de las funcionarias de la institución, también uniformada. Fue él quien habló.

“Ustedes están aquí porque se han entregado por propia voluntad para agilizar un proceso que ya se ha ensayado mucho. Nosotros conocemos todas las jugadas que se han montado por organizaciones ilegales y ustedes son parte de ellas, o al menos están dentro de sus redes. Pero las leyes se hicieron para cumplirlas y nosotros no podemos ni debemos hacer menos. No actuamos por simpatías ni de un tipo ni de otro. Como todos portan un pasaporte cubano y

han comenzado un viaje desde Ecuador hacia Nicaragua y han continuado ilegal desde ahí, y ahora se entregan aduciendo que desean salir de México hacia el Norte, no podemos devolverlos a Cuba, pues ese no fue el origen de su itinerario. Sus pasaportes fueron activados en Ecuador, por lo tanto les corresponde continuar. Nosotros no les otorgaremos visados de ninguna clase, tan solo les entregaremos un salvoconducto válido para una vez, para que puedan salir del país sin que las autoridades policiales se lo impidan. Firmen ustedes los recibos de entrega y podrán marcharse. Les advierto que el salvoconducto solo tiene validez para setenta y dos horas y solo se emite una vez.”

Los cuatro documentos timbrados estaban dispuestos sobre la mesa. La señora nos indicó dónde firmar y todos lo hicimos. El oficial entonces sacó de una gaveta nuestros pasaportes originales, carnés de identidad cubanos e incluso un par de licencias de conducción de Rita y Angélica. Todos caminaron hacia la salida pero yo me quedé un instante dudando, medio apenada, y cuando iba a preguntarle al oficial, él se me adelantó:

“No te preocupes, pronto saldrá. Espéralo en el hotel más cercano. Es lo que todos hacen.”

Fuimos rapidito a recoger nuestras pertenencias acompañadas por las escoltas y sentí algo de pena al despedirme de esas mujeres. Algunas llevaban meses en esa situación de limbo fiscal y desgraciadamente una parte de ellas volvería a Cuba.

De nuevo en la calle estaba incómoda alejándome por la carretera polvorienta sin mi Juan. Me acompañaban Rita, Angélica, y Pedro, pero me sentía sola en este extraño país. Caminamos un poco bajo el sol hasta que arribamos a un hotel de carretera no muy diferente al de la frontera en Guatemala. Rentamos dos habitaciones y me fui a una con Rita. La otra la ocuparon Pedro y Angélica. Nos quedamos en el hotel todo el resto del día y cenamos algo frugal en una taquería cercana. Me pasé la noche recordando a Juan y preguntándome cómo debía estar pasando la suya. Dormí mal, sobresaltándome cada cinco minutos por los ruidos extraños y la cama fría.

## **Día Doce**

**Aún en México, 23 de Noviembre 2012**

Al día siguiente, mis tres compañeros decidieron irse rumbo a la frontera para ver cómo pasaban. Era uno de los momentos más peligrosos de la travesía. Yo permanecí en el hotel a la espera de que liberasen a Juan.

El problema en México es que, mientras más cerca de la zona americana se está, más mafia hay controlándolo todo. Las personas se tornan despiadadas y los muertos abundan como si fueran gallinas viejas. Los seres humanos no importan mucho y hay que estar a la orden de los malos, pues el gobierno no hace casi nada efectivo para detener a los diferentes carteles que intentan tomar todo el control. Hay demasiado dinero envuelto.

Casi a la hora del almuerzo llegó Juan. Mi alegría y mi alivio fueron enormes. Tenía mucho miedo por lo que pudiera pasarme, pues las chicas que estaban en la galera no habían parado de contar lo que puede hacer la mafia en este país. Los emigrantes son una de sus especialidades por la indefensión legal en que se mueven. En especial los cubanos, cuando su propio gobierno los considera escoria. Si los delincuentes saben que tienes algo de dinero, eres persona muerta antes de que te enteres. Lo llevé toda contenta a la taquería cercana y almorzamos de maravilla, antes de volver al hotel y pagar por otro día, pues pretendíamos descansar y salir a dar una vuelta por la noche para ver la gran urbe. Si por mí fuese me habría ido directo a la frontera, pero era mejor tomarlo con calma. El salvoconducto nos servía para tres días y hasta los Estados Unidos solo había una jornada de autobús.

Nos pasamos toda la tarde en la cama recuperando el tiempo perdido. Por la noche tomamos uno de los autobuses camiones que tanta gracia me hacen y dimos un par de vueltas hasta llegar al centro. Allí caminamos por las aceras bajo los aleros de los enormes rascacielos y cenamos en un restaurante barato cerca de la plaza del Zócalo. El DF me resultó fascinante por su inmensidad. Retornamos al hotel no demasiado tarde pues al día siguiente partíamos temprano.

## **Día Trece**

### **Cruzamos hasta la Frontera, 24 de Noviembre 2012**

Hoy se decidía todo. Me sentía más fuerte con Juan cerca de mí, pero no dejaba de sentir ahí mismo detrás de la silla turca de mi cerebelo la presión de la enormidad de lo que estábamos haciendo. Aunque él no lo dijo, debía estar pasándole lo mismo.

Liquidamos la habitación y salimos a tomar el camión que nos llevaría hasta la terminal de ómnibus al norte de la ciudad. Llevábamos fotografías impresas de las más recientes bajadas del Google Earth con el mayor detalle posible, con los nombres de las calles y avenidas en cada lugar, zona por zona. No podía haber equivocación posible y mucho menos ahora cuando

viajábamos solos en una nación hostil y extraña. A media mañana estábamos en la terminal y tomamos uno de los ómnibus ya más parecidos a los que estamos acostumbrados en Cuba. No dejamos de escuchar el clásico cantaíto a lo charro mexicano, también muchas de las palabras que para nosotros son totalmente extrañas y raras. Esto nos recordaba constantemente que no podíamos estar hablando mucho para no llamar la atención, aunque en estas áreas urbanas podíamos vestir jeans y camisetas con tenis, nada raro dentro de esta población más occidentalizada.

Vimos pasar multitud de pueblitos, pequeñas urbes y las ciudades de San Luís de Potosí y Monterrey. En la medida que avanzamos hacia el norte comenzamos a ver mayor cantidad de policías militarizados. En Cuba estas fuerzas represivas no portan armas largas, generalmente pistolas las cuales rara vez utilizan, y se movilizan en autos blancos de a dos agentes. Son personal de orden público. En México y en toda Centroamérica hay policías en las ciudades, pero también en las carreteras con uniformes diferentes más parecidos a vestimentas de campaña, con colores verde oscuro, botas de caña alta, cascos y armas largas, utilizando vehículos todoterreno muchas veces también artillados como si estuvieran en guerra. El problema, pensamos, es que por estos lugares los narcotraficantes y otros delincuentes portan armas incluso mejores que las de los agentes federales. Las fuerzas del orden por lo general están en desventaja contra esos criminales que disparan primero y después, si acaso, dan las respuestas.

Un buen rato después de dejar la ciudad de Monterrey atrás, sentimos que el bus se detenía. No nos alarmamos, pues esto lo hacen con bastante frecuencia para dejar bajar a alguien o subir a otra persona. Pero no esperábamos que cuando la puerta se abrió, subiesen varios militares con armas largas y el dedo en el disparador.

“¡Papeles!” gritó el de adelante. Todos los pasajeros parecían estar acostumbrados, pues nadie chistó y comenzaron a buscar en sus ropas por los documentos de identidad. Nosotros extrajimos nuestros pasaportes cubanos y los salvoconductos doblados dentro. Los sostuvimos en las manos expectantes y nerviosos. Los soldados avanzaron hacia el fondo del ómnibus. Uno de ellos llevaba en su mano una tablilla de aluminio donde estaban las réplicas de los rostros de delincuentes buscados. Cuando llegaron a nosotros y notaron que no éramos locales se pusieron más alerta. Les entregamos nuestros pasaportes y los salvoconductos. El oficial los observó y de improvviso dio media vuelta para caminar rápidamente hacia la salida del vehículo con nuestros documentos en la mano, empujando a sus colegas que se quedaron apuntándonos sin más ni más. Un silencio terrible se escuchaba en la guagua. Yo estaba horrorizada. ¿Dispararían? ¿Nos matarían ahora que estábamos tan cerquita? Comencé a recitar un rezo sordo a un Dios en quien nunca he creído,

pero en esos instantes todo valía.

El soldado subió de nuevo y nos conminó a bajar del vehículo con un gesto perentorio. Los pasajeros nos observaban con caras asustadas y expresiones compungidas. Dos jóvenes militares avanzaban pegadito detrás de nosotros con sus armas listas. Parecía que éramos narcos o algo peor. Bajamos a la temperatura que habíamos olvidado dentro del aire acondicionado. Los militares habían bloqueado totalmente la carretera y detenido el tránsito. El oficial que se nos acercó era hosco y malhumorado. Nos observó en silencio y con expresión de desagrado. A mí se me habían aflojado las piernas y me temblaban las rodillas. Estaba a punto de llorar, pero me contuve. Tenía la sospecha de que nos iban a apartar a empujones hacia la cuneta y ahí mismo nos van a ametrallar. ¿Y cómo le iba a avisar a mi mamá? ¿Cómo se enterarían? ¿Dolería?

“¿Así que cubanos?” nos preguntó el oficial, antes de devolvernos los papeles con una sonrisa. “¿Así que huyendo del comunismo? Yo hubiera hecho lo mismo, que guey. Menos mal que tienen los papeles en regla. Continúen. ¡Muchachos! ¡Nos vamos!”

De repente los soldados saltaron como liebres a las partes traseras de las camionetas. Algunos riéndose a carcajadas por lo que había dicho su jefe y el temor que nos habían causado. Los motores aceleraron dejándonos en medio de una nube de polvo al borde del camino. Nuestro chofer tocó el claxon detrás de nosotros. También sonreía, cuando unos segundos atrás me parecía que se impacientaba con nuestra demora y estaba dispuesto sin remilgos a acelerar pasando por nuestro lado para dejarnos abandonados. La tensión había terminado, pero el mal rato se nos quedó como pegajoso en todo el cuerpo. Casi no podíamos caminar de regreso al ómnibus, con los pies de mantequilla. ¡Qué indefensos nos sentíamos!

Comenzamos a movernos por la carretera en el rumbo que traíamos. Yo me recosté sobre las piernas de Juan, con el rostro muy cerca de sus rodillas huesudas. Sus dedos mesaron mi cabello como si lo peinaran. Lloré en silencio no sé por cuánto tiempo hasta que me quedé dormida.

Me despertó un reflejo de luz fuerte en el rostro. Juan y otros muchos dormían. A través de la ventanilla alcancé a ver el cartel informativo que indicaba la cercanía con la Ciudad de Matamoros. Se acababa nuestro viaje, después de diez horas de travesía. Arribamos a una terminal de ómnibus bastante grande y salimos del vehículo un poco mareados. Algunos de los pasajeros que ya conocían nuestras intenciones, nos sonrieron al alejarse como si nos deseasen buena suerte. Nos dirigimos a los baños públicos del lugar para aligerarnos y quitarnos un poco la grasa de los rostros al menos, así como lavarnos las manos para intentar encontrar algún restaurante donde

pudiésemos pagarnos la cena. Cuando bajé las escaleras, se me acercó una muchacha sucia y desaliñada para venderme un paquetito de crack. Lo rechacé y comenzó a tornarse agresiva, así que una de las custodios del lugar la señaló con su bastón de goma, haciendo que se marchase. No era más que una adolescente y ya estaba en estas condiciones.

Juan ya había localizado un lugarcito acogedor fuera de la estación. Comimos pollo en cazuela y arroz con tamales y chile. De líquido solo agua, no podíamos beber alcohol en este viaje. Terminamos con un café expreso para levantarnos el ánimo. Le preguntamos al mesero cómo llegar hasta la frontera y él nos indicó amablemente. Pagamos dejando nuestro último bultico de pesos mexicanos con una ligera propina al mesero encantador y salimos más animados del lugar. Existe gente buena en todas partes.

Llegamos fácil a la avenida que atraviesa la ciudad. Era una vía muy iluminada y llena de comercios. Resultaba asombrosa la enorme cantidad de tiendas de ropas, calzado y todo tipo de utensilios y electrodomésticos que permanecían abiertas a pesar de que era tarde. Nos llamó la atención la presencia de matrículas de coches americanas. A Juan se le iluminó el rostro: “¿Y si le pedimos a algunos de esos gringos que nos crucen la frontera? ¿Qué tú crees?”

A mí me sorprendió su ingenuidad. “Juan, no estamos en Cuba. Ningún americano querrá subir a unos extraños en su coche y mucho menos para cruzar la frontera. ¿Tú estás loco? ¿No recuerdas que en estas zonas la droga está que da al cuello?”

Un auto patrullero nos alarmó al pasar muy lentito por nuestro lado observándonos. Pero continuó rodando calle abajo sin prestarnos demasiada importancia. Seguimos avanzando hasta que algo adelante en la avenida nos llamó poderosamente la atención. Era como si la vida urbana terminara a la altura de la próxima intersección. Avanzamos más ágilmente y vimos después de la esquina el famoso puente. El corazón nos latió más fuerte. A nuestros pies el río Bravo, fatal y muy peligroso para su cruce ilegal. Cuántas historias como la nuestra habían concluido allí. Al otro lado del puente había un universo muy diferente. La ciudad de Brownsville en USA, la tierra prometida digan lo que digan, y a nosotros nos había costado muchísimo llegar hasta ella.

De repente, tras la esquina, oímos una voz que nos hablaba desde un grupo de taxis mexicanos estacionados.

“Señorita, le cruzamos la frontera.”

Todos nos estaban observando expectantes. Me pregunté cuanto cobrarían. Pero a la vez halé del brazo a Juan, que ya estaba loco por meterse dentro de uno de los taxis.

“Estamos tan cerca. ¿Te acuerdas de los cuentos que nos hicieron en el Centro de Retención?” Le dije. Me pasaba por la mente la escena de un taxista acelerando hacia una dirección completamente opuesta a la del puente para frenar de improviso en algún lugar apartado y arma en mano desnudar a sus víctimas, robar sus pocas pertenencias, y después matarlos y abandonarlos en las márgenes del río.

No escuchar propuestas aparentemente muy fáciles ni difíciles. Continuar con lo orientado. Observar los rostros. Seguir a tu corazón. Eso nos habían dicho.

Vi un poco apartado a un taxista algo viejo que no nos había hecho mucho caso y leía la prensa con la luz interior de su auto. Solté a Juan y me acerqué a él decidida.

“¿Nos cruzaría la frontera? Somos cubanos y tenemos salvoconducto mexicano con el cual hemos llegado hasta aquí.”

El señor nos observó levantando la vista desde su periódico. Se sonrió y colocó los papeles del diario sobre el asiento del pasajero derecho.

“Han caído en las manos de Dios. Los llevaré. Suban.”

Entramos al asiento trasero del taxi bien apurados. El señor encendió el vehículo y comenzó a enfilear hacia el puente.

“Son veinte dólares.” Nos dijo observándonos por el retrovisor. “Tienen que pagarme ahora, el tramo es bien corto.” Continuó sonriendo. “¿Recién casados?”

Yo asentí con energía. Me sentía eufórica. La policía fronteriza mexicana no detuvo al taxista. Levantó sin más la barrera mecánica de uno de los accesos. Avanzamos lento por la estructura de acero mientras Juan le entregaba al chofer su billete de veinte dólares. Debajo de nosotros solo negrura del agua. Encima las estrellas fraccionadas por las enormes vigas de acero que parecían no acabar una tras otra.

De pronto el coche se detuvo antes de llegar a las barreras contrarias. Los militares comenzaron a acercarse rápidamente. “Es aquí.” Nos dijo sonriente el taxista. Yo no le creí. Seguro que ahora nos metían de cabeza dentro de otro patrullero y nos llevaban para alguna prisión diabólica. Dos policías abrieron las puertas traseras del taxi y nos hicieron bajar.

“Sus documentos por favor.” Nos dijeron mientras el taxi comenzaba su camino de retorno. Cuando se los entregamos, nos ordenaron seguirlos a unas oficinas al lado del camino que termina sobre el puente. Mi estado de ansiedad era tremendo. A Juan le sucedía otro tanto cuando, sus ojos muy abiertos y movedizos. Una joven comenzó a teclear en una computadora observando

nuestra documentación y de cuando en cuando levantando la vista hacia nosotros. Uno de los agentes se acercó y nos ofreció café. Me percaté por su acento de que era cubano. Debían estar comprobando nuestro origen por la conversación. Debíamos cooperar. ¿Estábamos de verdad en los Estados Unidos? Cuando levanté la vista para sorber el café vi colgada de una pared una gran foto enmarcada de Barak Obama, y me devolvió la vida. La enormidad de lo que habíamos hecho me cayó toda junta sobre los hombros y rompí a llorar. Juan me rodeó los hombros y el oficial cubano me tendió un pañuelo de papel.

“Soy de Camagüey.” me dijo sonriente.

Poco después, el otro oficial que nos recibió regresó y nos entregó el pasaporte, el ya inútil salvoconducto y un papel nuevo.

“Esto es para llegar hasta su destino dentro de los Estados Unidos. Es muy importante que lo conserven a toda costa hasta cuando les emitan un permiso de residencia. Están ustedes protegidos por la Ley de Ajuste Cubano. Pueden ingresar a los Estados Unidos de Norteamérica. Ya sus identidades están en el Sistema. Felicidades.”

## **Día Catorce**

### **En los Estados Unidos, 25 de Noviembre 2012**

Sería como la una de la madrugada cuando llegamos caminando a la Terminal de Ómnibus de Brownsville. Los servicios parecían mejores y más numerosos en este lugar. Cuando ingresamos en la gran sala de espera fue como si algunos amigos estuvieran esperando ocultos para asustarnos como en las fiestas secretas de las películas. Allí estaban varias de las personas que nos habían precedido y con quienes habíamos hecho algo de amistad en el Centro de Retención de Inmigrantes del DF. También esperaban por el mismo ómnibus que saldría en unas horas hacia Miami. Una de las chicas nos dijo:

“Vayan a sacar el pasaje y no se demoren, pues puede que el bus se complete y se tengan que quedar para cuando pongan otro, como nos pasó a nosotras que estamos aquí desde media tarde”.

Cuando llegamos a la ventanilla y solicitamos un pasaje para Miami la encargada de la caja nos dijo algo en inglés que después descubrimos significaba que eran los últimos asientos. Nos chocaba mucho el idioma. Y pensar que con tan solo cruzar el cauce de un río te encuentras con una cultura totalmente distinta. Un mundo para el que pensamos estar preparados.



El precio se llevó casi todas nuestras reservas, pero estábamos muy contentos. Ya nada podía sucedernos. Nos sentíamos seguros y eufóricos, sin sueño. Volvimos al salón principal y nos sentamos en corrillo como en la prisión, para contarnos nuestras peripecias. Casi todos hemos viajado con la misma agencia y no teníamos más que loas para ellos. Al final estábamos todos allí. El hablar de la agencia me recordó que tenía que hacer un par de llamadas aunque fuesen las tres de la madrugada. Juan y yo nos excusamos unos minutos y buscamos un teléfono público. Despertamos a nuestros familiares en Miami para sorpresa y alegría de ellos. Irían a recibirnos a la terminal para cuando arribase el bus. Ellos no tenían los detalles pero sí conocían sobre nuestro viaje, no así en La Habana. Nada más amaneciera les llamarían y les informarían con puntos y comas sobre lo que había sucedido y seguro que todo el mundo estaría contento. Esto era casi un milagro y había que celebrarlo.

Cerca de las seis de la mañana nos llamaron a abordar. Partimos aún de noche en ese largo viaje hacia el paraíso. Estábamos todos muy excitados y contentos por haber logrado el sueño de nuestras vidas a través de una aventura de más de seis mil kilómetros. El chofer gringo del bus tuvo que mandarnos a callar un par de veces pues molestábamos. Poco a poco nos fuimos durmiendo en medio de nuestra excitación.

De cuando en cuando escuchaba entre sueños al chofer indicar el nombre de la próxima ciudad por la que pasaríamos. Corpus Christi, Houston, Pasadena, Baton Rouge, Mobile, Tallahassee. Nos detuvimos en esta última para almorzar algo. Nos despabilamos y seguimos nuestro viaje en silencio, observando al mundo correr tras nuestras ventanillas, con sus autos modernos, las carreteras impecables y bien señalizadas, las viviendas en muy buen estado. Era una maravillosa primera impresión.

Después de Tallahassee vimos pasar a Lake City, Orlando y finalmente Miami. Mis familiares y los de Juan se aglomeraban en dos grupitos diferentes en la gran sala de arribos de la terminal. Estaba ya atardeciendo y cuando descendimos del vehículo nos pareció respirar el olor a mar.

Un poco alejado, casi imperceptible entre la muchedumbre descubrí a Fernando, el señor de la agencia de Ecuador. No dijo nada, ni siquiera hizo un gesto de saludo. Solo me miró intensamente a los ojos durante unos segundos, se dio media vuelta y comenzó a alejarse hasta perderse de nuevo entre la multitud.

***Free***editorial 